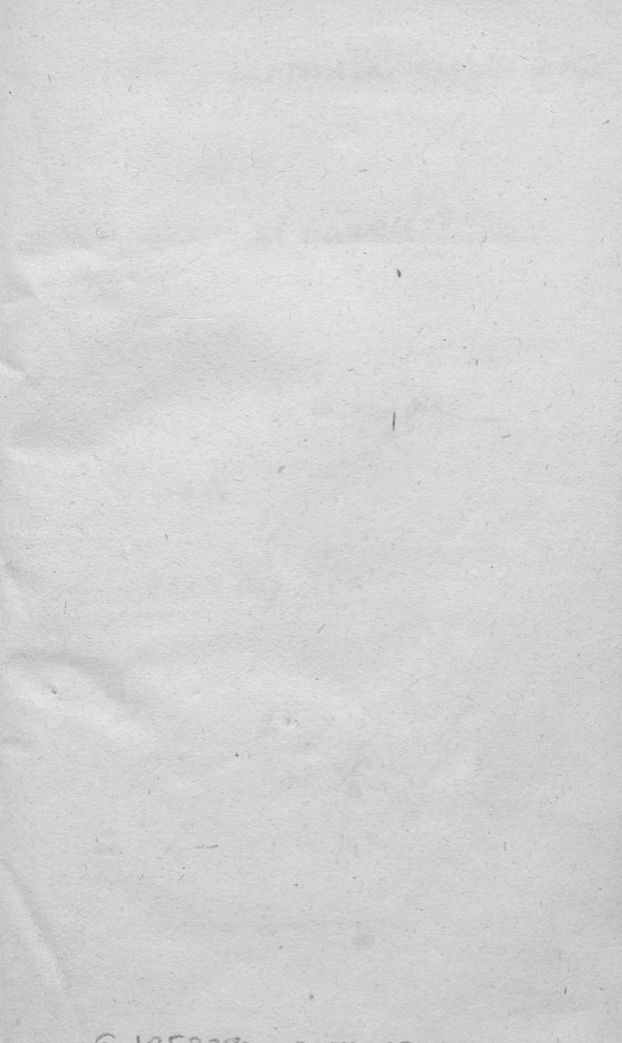


D. E. T.
TEATRO







Comedias contenidas en este tomo 8.

La Acelina

El preso, o el parecido

El avaxo

El amor y la intriga

Alibek

La opera comica

Comptroller General of the Treasury

Washington

Department of the Treasury

Office of the Comptroller

General of the Treasury

Alfred

Department of the Treasury

LA ACELINA,

EN TRES ACTOS:

POR



D. E. T.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

LA ACCIÓN

EN TRES ACCIONES



FOR

D. F. T.

MADRID

EN LA OFICINA DE LA IMPRENTA DE SAN JUAN, A OPORTUNIDAD
AÑO DE 1800

Se vende en la Librería de Quirós, calle
de San Juan, de la ciudad de Madrid.

ACTORES.

MATILDE, *LA SEÑORA JOSEFA LUNA.*

AIMAR, señor feudal, tutor de Acelina. *EL SEÑOR VICENTE GARCIA.*

ACELINA. *LA SEÑORA ANDREA LUNA.*

ACEMON, amante de Acelina. *EL SEÑOR JUAN CARRETERO.*

ALBERTO, confidente de Aimar. *EL SEÑOR TOMAS LOPEZ.*

MARIANA, aya de Acelina. *LA SEÑORA MANUELA MONTEIS.*

CECILIA, criada. *LA SEÑORA JOAQUINA BRIONES.*

UN SOLDADO. *EL SEÑOR TOMAS OLIVER.*

UN PAISANO. *EL SEÑOR AGUSTIN ROLDAN.*

GUARDIAS Y SOLDADOS DE AIMAR.

PAISANOS Y PAISANAS.

La Scena es en un castillo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa de un lado las paredes del castillo, y en ellas ventanas con rejas: del otro lado una torre. En el medio, y cerca de la escena, un terraplen con un muro de apoyo, que corta el teatro desde un bastidor al otro: detras del muro se supone estar el foso del castillo. En el fondo un campo, y el orizonte muy baxo, porque el muro y terraplen ocultan una parte de lo descubierto. En el fondo se dexa ver Acemon, el qual caminando hácia el castillo, se oculta en breve, porque baxa al foso; pero no tarda en mostrarse de nuevo sobre el muro, desde el qual salta al terraplen. Cerca del muro de la parte de acá habrá dos árboles pareados.

Aun no es muy de dia.

SCENA PRIMERA.

Acemon solo.

Acem. Aun duermen todos: ahora de nadie ser visto puedo.

Este amor, sin esperanza
que has inspirado á mi pecho,

y las súplicas humildes
 que por tí dirijo al cielo,
 ¿quándo lograré mostrarte,
 ó tú, desdichado objeto
 de mi ternura?... ¡Infelice!
 tu consolador acento
 jamas llegó á mis oídos:
 solo verte desde léjos
 es el placer con que alivio
 cada dia mi tormento.
 Los males que de contínuo
 padeces en ese encierro,
 ¿quál me afligen é interesan
 en tu desgracia! El deseo
 de hacerte libre, constancia
 y valor me dará á un tiempo.
 Mas entretanto, ¿qué penas
 tan estériles padezco!
 ¿triste del que separado
 de su amada está viviendo!
 ¿Dónde felices instantes
 de indiferencia y sosiego,
 dónde fuisteis? ¿qué tranquilo
 entónces viví! El afecto
 de una madre cariñosa
 bastaba en aquellos tiempos

á hacerme feliz. Mi alma
 ignoraba un sentimiento,
 que va á labrar su dicha
 para siempre... ¿y yo me quejo?
 ¿no me hace amor venturoso?

El verla solo un momento,
 este placer tan suave
 ¿no disipa el desconsuelo
 de todo un dia? mas ya
 ha amanecido. Atar debo
 al árbol el ramillete
 que formé para mi dueño.
 Hermosas flores, decidla
 cuánto en mi corazon siento,
 que á una muger amorosa
 no es difícil entenderos.

Si os miran sus bellos ojos,
 y por mi dicha á su seno
 os lleva, decidla entónces
 lo que yo decir no puedo.
 Pero oigo pasos: huir
 para no exponerla, debo.

Salta al foro, y se va.

SCENA II.

Mariana y Cecilia.

Mar. No me engañé, no: yo he visto
cantando á un hombre aquí mesmo
debaxo de esas ventanas.

¿Será amante?... ¡qué consuelo!

Una muger encerrada
necesita algun recreo;

¡y amor lo es tan dulce y grato!

Cecil. ¡Mas ah infeliz! su desvelo
inútil es, y es en vano
la esperanza de su pecho.

Mar. ¡Acelina!... ¡pobre niña!

aun reposa. Los deseos
que ha inspirado, el mal que causa
ignora sin duda.

Cecil. Aquesto
ya entender debiera.

Mar. Yo

no lo ignoraba á lo ménos
en su edad, y acaso acaso
ella tambien el objeto
penetró de los cantares.

Si habrá escuchado su acento

el fiero Aimar, y rezela...
¿pero qué importa su ceño?
El deleyte de engañar
á un zeloso, y los esfuerzos
del amor serán bastante
al logro de sus deseos.
Yo que por Aimar el cargo
de custodiar aquí tengo
á esa triste huerfanilla,
servir al amante quiero,
y no al tirano.

Cecil. Aquí viene

Acelina ya.

Mar. Te ruego

me dexes con ella sola,

pues á mí qualquier secreto

libremente me confias:

despues lo sabrás. *Vase Cecilia.*

S C E N A III.

Mariana y Acelina.

Acel. ¿Qué veo?

¿tú aquí, mi amada?

Mar. Acelina,

á comunicarte vengo

nuevas alegres.

Acel. Empieza.

Mar. Esta mañana, aquí dentro

ha estado un jóven.

Acel. ¿Un jóven?

¿cómo has podido saberlo?

Mar. Porque baxo esas ventanas,

cantando estuvo algun tiempo.

¡Qué voz tiene tan suave!

Acel. ¿Y le viste?

Mar. No por cierto:

abrir no osé la ventana.

Acel. ¿Pues cómo sabes, sin verlo,

que es jóven?

Mar. ¡Ay Acelina!

la muger en un encierro,

pronto por la voz conoce

á un jóven aunque de léjos.

Acel. ¿Con que te gustaba oírle?

Mar. ¿Si me gustaba? en extremo:

y á tí te hubiera agradado

igualmente, porque tierno

hablaba de amor, lloraba,

se ponía á cantar luego

en voz baxita, muy baxa;

mas yo no perdí por eso

ni una palabra: ¡qué impulsos
de despertarte me diéron!

Acel. Si no dormia. *Sonriéndose.*

Mar. ¿Qué dices?

¿no dormias? con que luego
has escuchado...

Acel. Tan bien
como tú.

Mar. ¿Pues á qué efecto
me haces contar?...

Acel. Sigue, sigue,
que en oírte me deleyto.

Mar. Vaya, que para una vez
que nos ha enviado el cielo
un ángel consolador,
bastante bien te has impuesto.

Acel. ¡Una vez! no, mi Mariana,
no es la primera.

Mar. ¿De cierto?
¿pues qué? viene...

Acel. Cada día.

Mar. Cada día, ¿y sin saberlo
estaba yo?

Acel. No lo extrañes,
porque tú duermes mas tiempo
que yo.

Mar. ¿Pero quién es, dime, ese jóven?

Acel. Te protesto, que no lo sé.

Mar. ¿Tú le has visto?

Acel. Muchas veces á lo léjos.

Mar. ¿Te ha hablado?

Acel. Nunca.

Mar. ¿Pues cómo viene aquí? ¿qué es su intento?

¿por qué canta? Dímelo,

Acelina, porque en esto

soy tan curiosa...

Acel. Pues oye: paseando como suelo

en este terreno un día,

ví un hombre que desde léjos

me miraba atentamente;

pero yo el rostro volviendo,

hice que no lo notaba.

Mar. Y á la verdad fué bien hecho, pues lo exíge la decencia.

Acel. Yo continué en mi paséo sin mirarle; mas con todo,

á veces no podia ménos

de inclinar la vista al campo:

no por verle.

Mar. Ya, ya entiendo,
porque él te viese.

Acel. Despues

fuese aquí acercando, y luego
que estuvo junto á este árbol,
paróse, y en el momento
empezó á cantar; apénas
llegaba á mi oído el eco.

Mas lo poco que le oí...

Mar. Te daba mucho contento:
es muy natural.

Acel. Pues él,

no debió así suponerlo,
porque temiendo escucharle
me entré en mi aposento luego.

Mar. A tu pesar, ¿no es así?

Acel. Desde este dia le veo

de continuo en este sitio:

yo poco á poco me he hecho

mas atrevidilla; y ya

me arrimo lo mas que puedo,

con lo qual me ha parecido...

Mar. Que le das gusto, ¿no es esto?

Acel. Todo, todo lo adivinas.

En fin ha tenido aliento

de pasar el grande foso
que nos separa, y sin miedo
viene á cantar las mañanas
enfrente de mi aposento.

Mar. Ya no extraño que gustases
tanto de tomar el fresco.

¿Y qué dirá tu zeloso
si oye al cantor?

Acel. Me extremezco,
Mariana, con tal memoria.

Mar. ¿Ha conocido tu afecto
ese jóven?

Acel. ¿Por ventura,
te he dicho yo que le quiero?

Mar. Pues vaya al contrario: ¿sabe
que no le amas?

Acel. Rezelo
que así lo creerá.

Mar. Se engaña
á fé mia: ¿mas qué veo
en este árbol? ¡qué hallazgo!

Acel. Un ramillete.

Mar. ¿Que ha puesto
él mismo aquí?

Acel. Sí.

Mar. Adivino.

He tenido el mismo encuentro
 muchas veces; y en verdad,
 me admiraba con extremo,
 ver en un castaño, rosas.

Acel. El amor hace portentos,
 Mariana.

Mar. ¿El amor ha sido?

Acel. Sí, amiga, te lo confieso:
 ¿y á tí pudiera ocultarlo?
 Cautivada en este encierro,
 y sin cesar perseguida
 de un zeloso que detesto,
 ¿por qué no he de amar á un hombre,
 que sin poder ni un momento
 hablarme, y sin esperanza,
 se interesa como vemos
 en mi infortunio?

Acemon aparece en el fondo.

Mar. ¿Mas cómo
 le dirás tus sentimientos?

Acel. Amiga, no sé.

Mar. Me ocurre
 un excelente proyecto.

¿El no se explica con flores?

Pues sírvete tú á su exemplo
 del mismo intérprete.

Acel. ¿Cómo?

Mar. No dudes que tienen cierto

language tambien las flores.

Un ramillete formemos,

cuyos colores le digan

tu amoroso pensamiento,

y en el sitio donde estaba

el suyo, le dexarémos.

Acel. Discurren bien.

Mar. Mira, mira.

Acel. ¿A dónde?

Mar. Allá abaxo: creo

que es él, y ya nos ha visto.

Acel. No mirémos, no mirémos.

Mar. Tengo deseos de verle.

Acel. Que se acerque mucho temo.

Mar. Hagamos el ramillete.

Acel. Vé á hacerle, que aquí te espero.

Mar. Suena ruido. Ven, huyamos,

que es Aimar: vamos corriendo,

Acelina: ¡qué espantoso

es de un zeloso el aspecto.

Vanse.

Retírase Acemon.

SCENA IV.

Aimar, y un soldado.

Aim. Yo mismo, sí, le he escuchado
esta mañana al perverso:
después de saltar el muro,
ha tenido atrevimiento
de cantar frente á las rejas
de mi castillo.

Sol. Protesto,
señor, que hemos observado...

Aim. Con descuido. Y os prevengo,
que si él ú otro temerario
se atreve á llegar, su exceso
he de vengar en vosotros.
¿Han ido en su seguimiento?

Sol. Sí señor, y ya la guardia
está el muro recorriendo:
si alguno osáre acercarse,
le traerán al punto preso.

Aim. Está bien. A Alberto llama;
pero aquí viene. Si al reo
prendieron ya, conducidle
á mi presencia al momento.

SCENA V.

Aimar y Alberto.

Alb. Nada indagar he podido:
 acaso ilusion del sueño...

Aim. No es ilusion: el malvado
 osó penetrar adentro
 del castillo: en vano, en vano
 ha sido tanto misterio,
 y las demas precauciones
 que ha tomado mi rezelo.
 Por ver á Acelina, miran
 la muerte con menosprecio;
 pero aun soy mas infelice
 yo que á mi lado la tengo.
 ¡Funesta pasion! ¡tu yugo
 oprime otra vez mi cuello!
 Rompí incauto la cadena
 que me hizo feliz un tiempo,
 y á la que tierna me amaba
 desposeí de mi afecto,
 para ofrecerle á la ingrata
 que le desprecia: ya siento
 mi error, siento mi vergüenza;
 pero vencerme no puedo.

Hoy, Alberto, necesito de tu amistad y consejos.

Pues que mis males conocés, y el amor en que me enciendo, alivia, si acaso puedes, mi corazon ; y sincero dí la verdad. ¿Me censuran?

Responde, pues te lo ordeno.

Alb. ¿Y podréis tan agitado oír los sanos preceptos de la razon?

Aim. No lo dudes.

Los oiré, y á obedecerlos me verás pronto; mas dime con franqueza, si violento á Acelina á que su mano me entregue...

Alb. Será tal hecho censurado.

Aim. De ese modo, ¿qué partido tomaremos?

Alb. Renunciar á sus amores.

Y pues que tanto deseo de saber lo que se habla mostrais, escuchad atento.

La desgracia de Matilde

aun lloran todos, diciendo
 que despues de seducirla
 la abandonais ; y hace tiempo
 que esta infeliz desterrada
 por su amante , está viviendo
 en la deshonra y miseria:
 que víctima del desprecio
 y de la inconstancia , oculta
 su rubor y el fruto tierno
 de un amor desventurado
 en un áspero desierto,
 donde ni aun de consolarla
 os dignais con un recuerdo:
 que á nueva pasion ahora
 entregado vuestro pecho,
 nueva víctima prepará.

Aim. ¡Cómo!... ¿qué dices, Alberto?

Alb. Sí señor, temen que pronto
 ha de seguir el funesto
 fin de Matilde, á Acelina:
 recuerdan con sentimientos
 las virtudes de su padre,
 que al morir, á vuestro zelo
 confió su amada hija
 como el bien mayor; y viendo
 que á vuestro amor se resisté,

temen la violencia. A questo es, señor, lo que se dice.

Aim. ¡Así piensan! ¿y severo no haces callar los malvados que me censuran, ni de ello me has advertido hasta ahora? Yo sufriera los consejos, mas no desprecio y baldones: y tú, que segun entiendo, piensas con mas libertad que me has hablado: tú, Alberto, que tal vez esas ideas imaginas en el pueblo; conoce mejor mi clase, y tu deber, advirtiendome que no estás en mi castillo para unirte y dar fomento á mis contrarios, sino para defenderme de ellos. Me aprovecharé, no obstante, de esta leccion: vete luego.

Al salir, y aparte.

Alb. De esta manera los grandes, la verdad siempre acogieron.

S C E N A VI.

Aimar solo.

Aim. A seguir la inclinación
 que me guía estoy resuelto:
 los obstáculos me irritan,
 y mas avivan el fuego:
 ¡ay de aquel que á provocar
 se atreva mi enojo! pero
 aquí se acerca Acelina
 con Mariana: mucho temo
 que ésta á la traicion ayude.
 Retirarme un poco debo,
 por no inspirarlas sospechas.

Ocúltase detrás de los árboles
 escucharlas aquí puedo.

S C E N A VII.

Acelina, Mariana, y Aimar oculto:
traen las dos un azafate de flores.

Mar. De las flores mas hermosas

un ramillete formémos.

Acel. Y al amor sirvan de idioma
 sus colores.

Mar. A despecho

de un argos inexorable, lo que quiere amor el
del castillo y de sus hierros, ¡combata! ¡Vál
sabe engañar á un zeloso que respeta á
el mas inocente pecho.

Acel. ¡O tú, con cuya memoria
se mitiga mi tormento!
de mi corazon recibe
el homenaje primero.

Aim. ¡Pérfida! con mi venganza
haré que espire tu afecto.

Mar. Estas rosas le dirán
tus amorosos deseos:
símbolo de la ternura
fué la rosa en todos tiempos.

Acel. Sin duda; pero es forzoso
que las espinas quitémos,
pues en viéndolas, creeria
que de continuo padezco.

Aim. Cada voz es un ultrage
que da á mi furor aumento:
¡quándo llegará el instante
de la venganza!

Mar. Sé cuerdo,
le dirá la violeta,
que siempre oculta en el seno
está de la yerbecilla,

pues quiere amor el secreto.

Acel. Añadamos la perpétua,
 flor á que respeta el tiempo,
 pues ha de ser tan durable
 de mi corazon el fuego.

Mar. Ya hemos escrito la carta:
 de las flores lleva el resto,
 y déxame sola, así
 que sospechar no daremos.

Acel. Ata bien el ramillete
 al árbol; mas te prevengo
 que no le oculten las hojas,
 pues así nos exponemos
 á que no le vea.

Mar. Bien:
 no tengas ningun rezelo,
 que si pudiera guardarle
 el corazon, allá dentro
 le encontrarían los ojos
 de un amante. *Vase Acelina con las flores.*

SCENA VIII.

Mariana sola.

Mar. En el correo
 pondré la carta; y mañana

por la respuesta vendrémos.

Aim. Deten. *La detiene.*

Mar. ¡Ay de mí!

Aim. Traidora,

¿qué vas á hacer?

Mar. Yo fallezco. *Aparte.*

¡Ah, señor!...

Aim. Ya lo sé todo:

es en vano el fingimiento:
tiembla.

Mar. ¡Qué desdicha!

Aim. Dame

ese ramillete luego,

y entra en la torre, malvada:

¡triste de tí, si un momento

sales de ella sin llamarte!

de tu perfidia el exceso

pagarás.

Mar. ¡Pobre Acelina! *Vase.*

SCENA IX.

Aimar y Acelina.

Aim. ¿Cómo vengaré el desprecio

de esa ingrata? ¿de qué modo

la haré sufrir los tormentos

que me devoran? mas ya
viene aquí: disimulemos:
á mentir la obligaré
para confundirla luego,
y con lentitud gozarme
en su dolor qual deseo.

Oculto el ramillete Aimar, y se retira un poco.

Acel. ¡Mariana, Mariana! ¿dónde
estará, que no la veo?
Ella me busca sin duda,
mas voy á ver cómo ha puesto
el ramillete... ¡Dios mio!

Al ver Aimar.

¿Qué miro? ¡fatal encuentro!

Aim. En busca tuya venia,
Acelina, pues intento
hablar despacio contigo.

Acel. Ya escucho, señor.

Aim. Espero

que quien tan crueles penas
hasta aquí sufrir te ha hecho,
va á ser á tus ojos grato
la vez primera. Me siento
ya muy trocado, Acelina:
sobre mí tomó su imperio
la razon, y de mi yugo
á librarte me resuelvo.

Acel. ¡Qué escucho! *Aparte.*

Aim. De nuestra edad la desproporcion, tu empeño en oponerte constante á mi amoroso deseo, á hacer sérias reflexiones me han determinado, y veo que labro tu desventura y la mia al mismo tiempo. En fin, he rompido el dardo que clavastes en mi pecho á tu pesar, y conmigo voy á traer al momento á Matilde, á la que nunca olvidar debí indiscretó.

Acel. ¡Ah, señor! ¡esa infeliz, cuyas virtudes el pueblo tanto encarece!... sus males...

Aim. La verás aquí muy presto entre los dos, agradable esta morada le harémos.

Acel. Yo, señor, la estrecharé en mi corazon.

Aim. Aprecio tu bondad sobre manera; pero aun no basta ese zelo;

falta ahora que me digas, pues ha de llegar hoy mismo, ¿cómo deberé mostrarla la ternura de mi pecho?

Acel. No me toca á mí enseñaros.

Aim. Pues yo lo contrario creo, bella Acelina. En amores nunca ha faltado el ingenio á la muger mas sencilla.

Acel. ¿Qué querrá decir con esto? *Aparte.*

Aim. Si de amor hablo á Matilde, que no ha de creerme temo, y por fingidos tendrá acaso mis juramentos. ¿Te parece que me valga de un ingenioso rodéo, de algun emblema sutil, de unas flores por exemplo?

Acel. ¡O cielos! *Aparte.*

Aim. Un ramillete con arte, y gracia compuesto: ¡qué! ¿te turbas?

Acel. ¿Yo, Señor?...

Aim. Respóndeme, pues, ¿no es cierto que una flor es elocuente? ¿qué dices? Pero mi acento

vuelve pálido tu rostro:

La enseña el ramillete.

¡pérfida!

Acel. Mi muerte veo.

Aim. Ya se descubrió el engaño,

y en breve su atrevimiento

expiará el seductor

que á mí prefieres.

SCENA X.

Dichos, y un Soldado.

Sold. Ya preso

está, señor, aquel jóven.

Acel. ¡O qué golpe tan funesto!

Sold. Llámase Acemon, y habita

una choza en el opuesto

lado del rio.

Aim. Traedle

á mi presencia al momemto,

y temed su fuga. Tú *A Acelina.*

vete tambien, pues no quiero

goces el placer de verle,

quando por vengarme intento

separaros para siempre.

SCENA XI.

Dichos, y Acemon conducido por los guardias.

Acelina al salir encuentra á Acemon.

Acel. ¡Ay triste!

Acem. Cielos, ¡qué veo!

Aim. Vete. *A Acelina.*

Dexadme con él.

A los guardias, los que se retiran hácia el castillo.

SCENA XII.

Aim. Hombre áudaz, que con objeto de seducir á una jóven, sin experiencia á este encierro osaste llegar, ¿quál era tu esperanza? ¿quién aliento te dió para que vencieses, atropellando el respeto, un obstáculo sagrado? respóndeme.

Acem. ¿Y á qué efecto? ¿qué vale el justificarse con quien á su enojo ciego

solo escucha? Pues me tienes
á tu poder ya sujeto,
dispon de mí.

Aim. Quando á amarla
se determinó tu pecho,
¿consultaste la prudencia?
¿no viste el espacio inmenso
que hay entre tí y Acelina?

Acem. El amor quando es violento,
nada prevee.

Aim. ¿Tú me insultas?
¿Has conocido á qué extremo
puede llegar mi venganza?

Acem. A darme la muerte; pero
entretanto, ¿quién podrá
impedirme que á los cielos
ruegue por esa infelice,
que oprimida está gimiendo
en tus atroces cadenas?

Aim. No me admira que resuelto
desprecies así la muerte.
Amor no conoce riesgos
quando al extremo ha llegado:
mas no solo á tí comprehendo
en mi amenaza, no solo
en tí vengarme deseo:

otro golpe mas sensible
á tu corazon reservo.

Sabe que adoro á Acelina,
que me atormentan los zelos,
y que si no fuere mia,
morirá.

Acem. ¡Monstruo perverso! *Aparte.*

Aim. ¿Te estremeces? sálvala
del castigo mas sangriento,
si la estimas.

Acem. ¿De qué modo?

Aim. Afirma con juramento,
á su presencia y la mia,
que ella nunca fué el objeto
de tu amor, sino que á otra
se dirige tu deseo:
de las sospechas que pudo
inspirar tu atrevimiento,
pídela un perdon humilde,
y acepta, ó finge á lo ménos
aceptar allí la mano
de una muger, que al intento
haré llevar.

Acem. ¡Duro trance! *Aparte.*

Aim. ¿Aun dudas? Si algun afecto
la profesas, te repito

que de mi furor violento
la salves; si no, mi brazo
atravesará su pecho. *Saca un puñal.*

Acem. ¡Si á mí solo amenazáras! *Con resolucion.*
Cruel, has hallado un medio
para ser obedecido.

Aim. ¿Acéptasle?

Acem. Sí: le acepto.

Aim. Guardias. *Llegan.*

Aimar habla en voz baxa á uno de ellos,
y se van.

Acem. ¡Horrorosa prueba!
Si me ama, ¡qué tormento
á causarla voy!

Aim. Atiende
á la promesa que has hecho.
De Acelina está la suerte
en tus manos; y no tengo
nada que hacer; solamente
cerca de ella estaré atento,
observando tus miradas
y las suyas: y si advierto
la menor seña en vosotros,
la haré morir.

Acem. Ten por cierto
que obedeceré... ¡mas ah!



Aim. Tú libre serás en premio;
y aun mas, de mis beneficios
te colmaré.

Acem. Los desprecio.

Con compasion.

Aim. ¡Infeliz! no así me ultrages,
pues aun mas que tú merezco
la compasion. Mas ya vienen:

Pone mano al puñal.

si me engañas, este acero
me vengará de vosotros.

Acem. ¡O desgraciado! momento!

SCENA XIII.

*Aimar, Acemon, Acelina y Guardias, Hombres
y Mugeres del castillo.*

Aim. Yo me he engañado, Acelina:

Cerca de Acelina.

no es aqueste joven reo,
pues á tí no dirigia
sus amorosos deseos:
mi cólera ha desarmado,
descubriéndome el secreto;
y ahora quiere asegurarte
de su inocencia, pidiendo]

perdon de las inquietudes
que su imprudente desvelo
ha podido ocasionarte.

Acem. Sí, Acelina, aunque te han hecho
digna de ser adorada
de todo el mundo los cielos,
nunca tuve la osadía
de aspirar á tí: mi afecto
no ha sido tan ambicioso:
ésta es el ansiado objeto
Mostrando á Cecilia, que está á su lado.
de mi ternura.

Acel. ¡Infelice!

Acem. Cautivada en ese encierro,
como tú, verla lograba
rara vez; y mi deseo,
por acercarse á su vista,
me hizo cometer un yerro
muy culpable, pues con él
nacer sospechas pudieron
á tu inocencia injuriosas.

Acel. Falta á mi pecho el aliento. *Aparte.*

Aim. Basta. En recompensa ahora
del penoso sentimiento
que te he causado, yo mismo
enlazar tu mano quiero

con la de tu objeto amado,
 y dotarla al mismo tiempo.
 Al castillo la conduce,
 adonde en pocos momentos,
 para vuestra eterna dicha,
 iré todo á disponerlo.

Acem. A Dios, hermosa Acelina:
 perdóname.

Da la mano á Cecilia, y hace ademán de irse.

Acel. Yo fallezco. *Desmáyase.*

Acem. Soy amado. *Viéndola caer.*

Dexa á Cecilia, corre á Acelina, y la levanta.

SCENA XIV.

*Dichos y Mariana, que ha visto caer á Acelina,
 corre á ella.*

Mar. ¡Justo Dios!

Acem. Disimular ya no debo.

Teniendo á Acelina, y defendiéndola de Aimar.

Amándome, ¿podré acaso
 temer tu hierro sangriento?
 Hiérenos, tirano, hiere,
 que juntos bendecirémos
 la muerte, que á reunir
 va por siempre nuestros pechos.

Aim. Llevadle, guardias, al punto;
sepárense los perversos:
obedeced.

Acel. Tiembla, tiembla
bárbaro, ya nada temo:
Acelina al verse amada,
mira con rostro sereno
la muerte.

Mar. Aplacad la ira.

Aim. Obedeced. *Sepáranlos.*

Mar. ¿El aspecto
de su dolor no es bastante,
señor, á compadeceros?
¿habeis de ser su verdugo?

Aim. Os uniré, lo prometo,
en el sepulcro.

Acem. Acelina.

Acel. Acemon.

Ambos. A Dios.

Mar. Yo muero.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa de un lado la fachada interior del castillo, y en ella la ventana del aposento de Acelina: del otro lado un jardin. Cierra el teatro un rio que le atraviesa, y en la parte de allá se verán montañas.

SCENA PRIMERA.

Aimar y Alberto.

Aim. Nada escucho: la venganza es el placer que deleyta á un pecho desesperado.

Alb. Ya, señor, en mi propuesta os la ofrezco.

Aim. ¿De qué modo?

Alb. Si vuestro enojo desea vengarse del imprudente, que en disputaros se empeña el corazon de Acelina: además de complacerla, lo alcanzaréis.

Aim. Habla, Alberto.

Alb. Ordenad que se devuelva

á la tímida Acelina,
que al veros airado tiembla
su libertad; y asimismo
perdonado el jóven sea.

Aim. ¡Acemon!

Alb. Sí: despreciable.

Aim. Un amante no desprecia
á su rival preferido.

Alb. Reflexionad que ahora empieza
su amor, pues no se han hablado;
y verse han podido apénas.

Quando intentais seducirla,
no irriteis una belleza,
atormentando su alma,
en lugar de conmoverta.

Si os mostráreis generoso,
alcanzaréis su terneza;
si cruel, seréis odiado.

¿Lo que puede la clemencia
sobre un corazon sensible,

que el hombre mover intenta,
ignorais? ¡Ah! perdonadlos:

y luego Acelina sepa,
que vuestro rival odioso
debe su perdon á ella.

Aim. ¿Y quieres que le perdone?

Alb. Quiero que vuestra prudencia
 un corazon le arrebate,
 de que dueño se contempla:
 para lograrlo, este esfuerzo
 debéis hacer, porque entienda
 Acelina, de qué modo
 vuestro pecho señoréa.

Aim. No podré moverla, Alberto.

Alb. ¿Hay corazon que no mueva
 la piedad? Con vuestra orden,
 iré á romper la cadena
 de Acemon, y á desterrarle
 del castillo: á conseqüencia
 le advertiré que ese rio
 debe ser una barrera
 para él insuperable;
 y que si osáre romperla,
 y acercarse á estos lugares,
 la muerte en ellos le espera.

Aim. Sí, la muerte.

Alb. De Acelina
 exígiré la promesa
 de renunciar al amante;
 á quien benigno la ofensa
 perdonais.

Aim. Dí que esta gracia,

es precio de su obediencia;
y que será revocada
si á hacerme feliz se niega.

Alb. Hablarla de enlace ahora,
señor, arriesgado fuera.

Aim. Sin tal condición, repito,
no hay que esperar.

Alb. Es prudencia
no irritarle: ya obedezco,
y voy con tan feliz nueva
de volveros la paz,
á hacer de modo que sea
vuestra órden respetada,
y á salvar á la inocencia.

Aparte.

SCENA II.

Aimar, y un Soldado.

Sol. Hablaros quiere un paisano,
gran señor.

Aim. A mi presencia
condúcele.

SCENA III.

Aimar solo.

Aim. Te perdono,
 ingrata; y de mi clemencia
 goza el rival que aborrezco,
 aunque solo á tu belleza
 debe esta piedad.

SCENA IV.

Aimar y el Paisano.

Pais. Señor, *Con encogimiento.*
 perdonadme, sí...

Aim. No temas:
 habla, ¿qué quieres?

Pais. Mi amigo,
 á quien amo con terneza,
 está preso.

Aim. ¿Dónde?

Pais. Aquí.

Aim. ¿De quién lo supiste?

Pais. Cerca
 estaba yo del castillo
 quando fué preso.

Aim. La pena es debida á su delito.

Pais. A vista de su inocencia, extraño que contra vos... mas creerlo será fuerza, quando prenderle mandasteis. En fin, mi amistad os ruega que le perdoneis, señor; y ya que tal no merezca la culpa, su pobre madre que con inquietud le espera, ignorante del fracaso, es muy digna por sus prendas de la piedad.

Aim. Está bien: dispondré lo que convenga: vete.

Pais. ¡Dios mio! qué tratan los hombres á la pobreza.

SCENA V.

Aimar y Alberto.

Alb. Tranquilizaos, señor, que ya alcancé la promesa de Acelina.

Aim. ¿Con que á hacerme
venturoso está resuelta?

Alb. Sí señor, ha producido
la generosa clemencia
el efecto deseado:
bañada en lágrimas tiernas,
con voz tímida, y el alma
de agradecimiento llena,
os dió gracias, prometiendo
obedecer.

Aim. Pues que sea
puesta en libertad al punto:
acábese la violencia:
libre sea, te repito.

Alb. Ya, señor, gozando queda
su libertad: al momento
que juró, mandé volverla
á su habitación.

Aim. No importa
que abuse de esta licencia,
pues yo sabré si me engaña...?

Alb. No temais, quando sincerá
ha jurado no faltar
á la debida obediencia:
Acemon siguió mis pasos;
voy á conducirle fuera

de este sitio, y á vedarle,
que qual hoy, osado vuelva.

Aim. Evitar quiero su vista,
pues harto pesar me cuesta
darle libertad ahora.

SCENA VI.

Alberto y Acemon.

Alb. Ven, ó jóven sin cautela,

á abandonar para siempre
esta morada funesta

á tu amor: las condiciones
con que rompí tu cadena
ya sabes: cuerdo procura
no faltar á la promesa.

Este rio de nosotros

para siempre te segrega,

y si al castillo de nuevo

te conduce tu imprudencia;

aunque sea á pesar mio,

haré que sufras la pena

por Aimar determinada.

SCENA VII.

Acemon, y despues Mariana.

Acem. Solo estoy: nadie me observa:

ya te perdí para siempre,
 tierna amiga... ¿será fuerza
 de aquí sin verte alejarme?
 ¿gozar por la vez postrera
 este agradable horizonte?

Contemplar al ménos pueda
 estos lugares á donde
 una deidad me encadena.

Mar. ¿Aun estás aquí?

Acem. No puedo
 apartarme de esta tierra.

Mar. ¡Desventurado! ya nunca
 enfrente de nuestra rexa,
 te oiré cantar las mañanas.

Acem. ¿Y ántes que me aparte de ella,
 no podré ver á Acelina,
 á mi Acelina? ¡me fuera
 tan gozoso si lograra
 hacerla solo una seña,
 y recibir de su mano
 el último á Dios! ¡A verla

estoy tan acostumbrado

ya desde léjos!

Mar. ¡Si hubiera

seguridad de que nadie

te viese! tu amada prenda,

allí está sola.

Acem. ¿Está allí?

Dile que aun me tiene cerca,

que solamente deseo

decirla á Dios. ¡Qué de penas

atrae una despedida!

Mar. ¡Y qué placer acarrea!

mas hela aquí.

SCENA VIII.

Acelina, Mariana y Acemon.

Acel. ¡Aun te veo!

Ala ventana.

Acem. ¿Será por la vez postrera?

Acel. ¡Separarnos! no, no puedo.

Acem. ¿Y yo podré?

Acel. Estoy resuelta

á seguirte, mi Acemon.

Mar. y Acem. ¿Qué dices?

Acel. Que donde quiera

te he de seguir: un desierto

guardará nuestra inocencia;
y en él nos hará felices
el amor que nos alienta.

Acem. Yo no me atreví, Acelina,
á hacer la misma propuesta.

Mar. Tened prudencia, y oidme:
todo á mi entender se arriesga,
huyendo en este momento:
rezelo que hoy nos observan,
y que tal vez sorprendido
será Acemon á su vuelta:
temo igualmente que Aimar,
alucinarnos intenta,
y que el perdon otorgado
es lazo y estratagema,
para hacerte consentir
en el enlace á que anhela.

Acem. ¡Unirse con él!

Acel. Yo misma
por salvarte, con violencia
lo prometí.

Acem. ¿Qué pronuncias?
el tiempo, Acelina, vuela,
no le perdamos.

Mar. Conviene
que ahora te vayas sin ella,

porque serémos perdidos
 todos tres, si te la llevas:
 vete, que esta noche misma,
 en el sitio donde quieras,
 nos juntarémos.

Acel. ¿Y cómo
 podré tener yo certeza
 de que no te han detenido?

Acem. Luego que á mi madre vea,
 la qual será en breve tuya,
 mi amigo con ligereza
 vendrá al castillo.

Mar. No, no:
 ¿un hombre cómo pudiera
 acercarse á estos lugares
 impunemente?

Acem. Pues dadme
 una traza con que pueda
 decir la hora y el sitio
 donde juntarnos convenga.

Acel. Escribirme es imposible.

Mar. Escucha una ocurrencia:
 nuestra palomilla blanca
 puede ser la mensagera.

Acel. ¿De qué modo?

Mar. Llévela

consigo Acemon, y suelta
 en qualquier parte, á nosotros
 volará con diligencia,
 atado al ála un villete...

Acem. Entiendo.

Acel. ¡Qué bella idea!

dices bien, amiga mia. *Baxa al jardin.*

Mar. Ya nos ha dado otras nuevas
 la cándida palomilla:
 quando salió de esta tierra,
 ántes de su muerte el padre
 de Acelina, con presteza
 la avecilla de su estado
 nos instruía, y la mesma
 el último á Dios nos traxo:
 lo que hizo entónces contenta
 por un padre, lo hará hoy
 por amor.

Acem. Vamos apriesa,
 y me la darás, Mariana.

Mar. Sígueme, que voy por ella.

*Aquí se retira el Soldado que observaba,
 y Mariana se entra.*

Acem. A Dios, hermosa Acelina.

Acel. A Dios, amado: ¿me esperas
 esta misma noche?

Acem. Sí:

y en señal de mi promesa,
toma la mano.

Acel. Será

mi felicidad eterna.

SCENA IX.

Acelina sola.

Acel. Tú, amor, que me has inspirado

esta dulce llama, vela,

vela de Acemon la vida,

y dínate protegerla:

oye los humildes ruegos

de una muger sola y tierna,

y los pasos de un amante

de tanto riesgo liberta:

á tu poder todo es fácil,

amable Dios; mi cadena

hoy rompes, y compasiva

me va á conducir tu diestra

á este asilo, donde quieres

que viva con él y muera.

SCENA X.

Acelina y Mariana.

Mar. Ya se fué: pasará luego,
 y quando á su casa vuelva
 soltará la palomilla;
 que volando placentera
 á nosotros, el billete
 nos traerá; y así contentas,
 sabrémos que está seguro,
 y que disponiendo queda
 nuestra fuga: mírale
 caminar por la ribera.

*Muéstrase Acemon en la otra parte del rio con
 la paloma, que besará enseñándola,
 y desaparece.*

Mar. No tardará, segun corre.

Acel. ¿Vive léjos?

Mar. No: muy cerca,
 habita en una cabaña
 que está en la ribera opuesta
 de este rio: media hora
 tardaría otro qualquiera
 en llegar; pero un amante,
 dos minutos solo emplea.

Acel. Con que en medio del camino
nadie sus pasos detenga.

Mar. El camino estaba solo;
con todo, juzgo que sea
mejor esperar aquí
la paloma, cuya vuelta
nos librará de inquietudes:
¡mas ay! ¡que el tutor se acerca!
Acelina, disimula,
y mas su esperanza alienta,
que á proporcion crecerá
tu libertad.

SCENA XI.

Acelina y Aimar.

Acel. La destreza
para fingir y engañarle,
amor benigno me presta.

Aim. No esperes de mí, *Acelina*,
reprehensiones ni aspereza:
ya te perdoné, y al verte
siento que ménos me cuesta
excusarte, que culpable
creerte: ya no me queda
recuerdo de lo pasado,

ni el por venir me atormenta,
 con la promesa que has hecho:
 ahora el gusto me dispensa
 de confirmarla.

Acel. Señor,

la turbacion que me cerca,
 y el temor tan natural...

Aim. ¿Temor dices? dexa, dexa

esa pasion á mi pecho,
 que á vista del tuyo tiembla
 si acaso leerá en tus ojos...

¿Pero por qué nuestra lengua
 habla de temor ahora?

ya no hay lugar á mi queja;
 pues en hacerme feliz

has consentido sin fuerza:

tú no eres falsa, Acelina,

ni da lugar á sospechas

tu candor.

Acel. ¡Quál me violento! *Aparte.*

Aim. Rompe el silencio, no temas;

con una sola palabra

mi felicidad aumentas.

Acel. Señor, sé que he prometido...

Aim. ¡Qué! ¿te arrepientes?

Acel. Dispuesta

á obedeceros estoy.

Aim. Ya veo que la obediencia solo, cruel, he logrado; mas tú podrás quando quieras usar del poder.

Acel. No se hizo para mí tanta grandeza.

Aim. ¿Qué pronuncias? ¿Nuestro enlace diferir acaso intentas?

Acel. No, señor: he prometido, y obedeceré. ¡qué pena!

Aparte.

Aim. ¿Obedecerás? Pues bien: ya que á mandar me violentas, ten á bien que de tí exija una gracia muy ligera.

Acel. ¿Cuál, señor?

Aim. En adelante no podrá, como deseas, estar Mariana contigo.

Acel. ¡Mariana!

Aim. La confidenta de Acelina inobediente, no es regular que lo sea de Acelina fiel esposa.

Acel. Resistirle es imprudencia.

Aparte.

Aunque este golpe, señor,



es muy sensible, me ordena
la razon, que soportarle
debo sin la menor queja:
recibid mi aprobacion
en señal...

Aim. ¿De tu obediencia?...

Cólmala de beneficios;
pero que hablarte no pueda,
y goce mas feliz suerte
léjos de tí.

Acel. Si licencia
me dais, iré á consolarla,
porque me ama con terneza,
y sentirá, á par del alma,
separacion tan funesta.

Aim. Anda, Acelina: no puedo
negarte quando me ruegas.

SCENA XII.

Aimar solo.

Aim. No es natural esta calma:
tanta sumision no es buena:
hay engaño, hay disimulo.
¿La desdichada, qué espera?
¿quáles serán sus designios?

Ha convenido en la ausencia
de Mariana, reprimiendo
el dolor que la atormenta:
me engañas: celos, venganza,
que en mi pecho te alimentas:
solo vuestra voz escucho,
recobrad la antigua fuerza.

SCENA XIII.

Aimar y el Soldado.

Sold. Señor.

Aim. A informarme viene.

¿Qué nuevas traes? Dame cuenta.

Sold. Todo lo he visto, señor.

Antes que Acemon partiera
le habló; y aunque no he podido
oirlos bien, ví que cerca
del rio conduxo al jóven
Mariana, y le entregó...

Aim. Cesa,

que vienen las dos aquí:
entrémos, y lo que resta
me dirás.

SCENA XIV.

Mariana y Acelina.

Mar. No mi Acelina:
 ¿dexarte yo? no pudiera.
 Antes de llegar la hora
 de mi partida violenta,
 habrémos ambas dexado
 esta prision tan funesta.
 Ya habrá llegado Acemion,
 y luego á nuestra presencia
 vendrá la amable paloma.

*Paisanos y Paisanas en el otro lado del rio.**Acel.* ¿Qué gente, amiga, es aquella?

Mar. Habitantes del pais,
 que á felicitarte entran
 como á esposa de su amo.

Acel. ¿Y si la paloma llega?

Huyamos de ellos, Mariana.

Mar. Guárdate. Si tal hicieras,
 te buscarán importunos,
 Acelina, donde quiera.
 A vivir en tu aposento
 la paloma ya está hecha,
 y allá volará: yo voy

á abrir, para quando venga,
las ventanas, y á esperarla.

Acel. Quando huyamos, será fuerza
el llevarla con nosotros.

Mar. Sí, sí; pero ya se acercan
los paisanos: disimula.

SCENA V.

Acelina y coro de Paisanos y Paisanas.

Coro. Salud á la hermosa,
la amable Acelina,
que el cielo destina
á tan alto honor:
aquesta olorosa
guirnalda recibe,
y por siempre vive
feliz con tu amor.

Pónenla una guirnalda de flores.

Acel. De vuestra amistad sincera
la recibo, prometiendo
ser eternamente vuestra.

Coro. Salud á la hermosa, &c. *Se van.*

SCENA XVI.

Acel. A Dios, amigos, á Dios:
me entenece su inocencia.

¡Quál me quieren! y yo ingrata
voy á dexar su terneza.

Este es, Acemon amado,
el placer que en recompensa
sacrifico á tu cariño.

Mariana á la ventana.

Mar. No te retires, y observa
cuidadosa á todas partes.

Aimar pasa por la otra parte del rio con escopeta, seguido de un soldado.

Acel. ¡Qué veo! ¡con escopeta
Aimar! ¡qué dicha! va á caza.

Mar. Así en libertad nos dexa.

Acel. ¿Estará Acemon seguro?

Mar. En breve dará la vuelta
nuestra paloma: cuidado
que estes, Acelina, atenta.

Acel. Vuela aprisa, palomilla,
que Acelina te desea,
esperando que la traigas
de su tierno amante nuevas.

¿No ves nada?

Mar. Aun no la veo.

Acel. Si algun fracaso...

Mar. No temas:

esperémos otro poco.

Acel. Mi corazon atormenta

un triste presentimiento.

Mar. No estés con esa impaciencia:

ya la veo, ya la veo.

Acel. ¡O qué dicha! ¡cómo vuela!

Déxase ver la paloma: óyese un escopetazo, y cae el ave muerta: Aimar vuelve á pasar el río con el arma.

Acel. y Mar. Yo muero.

Desaparece Mariana.

Acel. ¡Funesto golpe!

¿En situacion tan adversa

qué he de hacer? ¿dónde ocultarme?

otro recurso no queda

si no huir de esta morada,

que mi corazon detesta. *Huye por el jardin.*

S C E N A XVII.

Aimar y Guardias.

Aimar con la paloma y la carta.

Aim. ¡Qué desgraciado nací!

el traidor, cuyas ofensas
perdoné, de mi castillo
llevar á Acelina intenta:
escuchad y estremeceos.

Lee. "Luego que el fiel mensajero te haya entregado este billete, corre sin tardanza al reducido secreto donde te espera mi corazón: huirémos, si es forzoso, hasta el fin del universo en busca de un agradable asilo, donde podamos gozar tranquilamente de una suerte mas feliz lejos del tirano que te tiene esclavizada."

Uno de los Guard. ¡Cielos!

Aim. El furor me ciega.

Vengadme, amigos, vengadme:
cubierto de heridas, muera
el pérfido que me ultraja.

Guard. Será su muerte sangrienta.

SCENA ULTIMA.

Dichos, y dos Paisanos que salen corriendo.

Un Pais. Señor, acudid aprisa,
que Acelina ya se aleja
de este lugar.

Aim. ¡Acelina!

Pais. Huyó con tal ligereza,

que alcanzarla no pudimos.

Aim. Corramos luego tras ella,
y el traidor que la seduce
ante sus ojos perezca.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una grande roca abierta en forma de bóveda, á cuyo pie está la morada de Matilde, y encima hay un camino transitable con arbustos; por la abertura de la roca se vé el rio, y en el fondo una graciosa campiña.

SCENA PRIMERA.

Acemon y algunos amigos suyos aparecen sentados baxo de la roca: los amigos de Acemon tienen cerca de sí los instrumentos de agricultura.

Acem. Este es, amigos, el sitio
donde venir la he mandado,
y donde mi corazon
ansioso la está esperando.
¡qué largas se hacen las horas
al que tiene este cuidado!

¿Está ya todo dispuesto?

Pais. Nada falta: y observando
quedan otros en el río.

Acem. En especial os encargo,
que no advirtais á mi madre
dél peligro en que me hallo:

pero ya debeis, amigos,

de este lugar alejaros,

puesto que á baxar empieza

el sol, y se va alargando

de los árboles la sombra

hácia la gruta. Sed cautos,

repito, pues aun ignora

mi madre el penoso daño

que sufrí, y el que me espera,

si mi terrible contrario

llega á descubrir la fuga,

y puede haberme á las manos.

La imágen de esta desgracia

apartar es necesario

de su ternura, que siempre

al castillo me ha vedado

acercarme. El nombre solo

de Aimar le da sobresalto:

¡quál padeciera sabiendo

que á su furor inhumano

estoy expuesto! El secreto
 la confiarémos quando
 esté ya libre del riesgo:
 pero vosotros en tanto
 observad por todas partes.
 ¿Está preparado el barco?

Pais. Todo, Acemon, está pronto;
 y no hay para qué temamos,
 pues á una legua de aquí
 los límites señalados
 estan de la tierra, en donde
 Aimar ya no tiene mando.
 La rapidez de este rio
 será bastante á llevarnos
 en una hora.

Acem. Al momento
 que la veais...

Pais. Ya, ya estamos
 en conducirla á tu vista.

Otro. Despues yo vendré á buscaros.

Acem. Y yo avisaré á mi madre,
 luego que estemos á salvo:
 á Dios.

Todos. A Dios.

Acem. Partirémos

todos juntos. *Vanse los Paisanos.*

SCENA II.

*Acemon y Matilde.**Mat.* ¿Qué he escuchado?

¿tú partir, hijo querido?

¿dexarme quieres, ingrato?

Acem. ¿Imagináis, tierna madre,

que yo pueda abandonaros?

A mis amigos decia,

que iré... luego... á acompañarlos.

Mat. Tú me engañas. Ya hace dias

que muy trocado te hallo:

tu inquieta melancolía,

las ausencias de mi lado,

todo me anuncia que ya

no soy el objeto ansiado

de tu amor qual otros dias;

¡que yo mísera no basto

á hacerte feliz!

Acem. Señora:

yo... soy... no me atrevo á hablaros;

excusad mi turbacion,

cuya causa de mi labio

habeis de saber, y entónces

hallará disculpa acaso

mi corazón en el vuestro.

Mat. Háblame, Acemon, mas claro.

¿Puedes tener un pesar,
y de tu madre ocultarlo?

¿quál es tu temor? ¿quál es
este impenetrable arcano?

¿y quién mejor que mi diestra
enxugar podrá tu llanto?

Conmovido y aparte.

Acem. Por no afligirla, guardar
el secreto es necesario.

Mat. ¿Mas tú callas, y suspiras?
¿qué mal te está amenazando?

Acem. Amada madre, ninguno,
ninguno; tranquilizaos,
nada teme vuestro hijo...
sereno está, y sin cuidado...
lo sabréis todo... no es nada...

Turbado.

Mat. El amor te ha subyugado.

Acem. ¿A mí el amor?

Mat. Sí: tú amas:

hace días que temblando
lo sospeché; pero ya
tengo certeza.

Acem. ¿Y acaso
miraréis como delito



un sentimiento tan grato?

Mat. Te compadezco, hijo mio.

Acem. ¿Habeis algun tiempo amado?

Mat. Por mi desgracia.

Acem. ¡Infelice

yo á quien los cielos negáron

la dicha de conocer

al que la vida me ha dado!

Mat. ¡Oxalá siempre lo ignores!

Acem. Pero segun lo que alcanzo,

vos le amabais con ternura.

Mat. Hijo mio, sella el labio:

que es horrible tal memoria.

Respetá siempre un arcano,

del que pende tu reposo:

ven á estrecharte en mis brazos:

¡mas ay! que siendo tú solo

el bien que ya me ha quedado

de una pasion tan funesta,

ahora intentas, inhumano,

robármele.

Acem. ¿No me ánima

un corazon, que formado

habeis á exemplo del vuestro?

Mat. Si es así, de tu quebranto

hazme sabedora al punto.

Tu corazon estrechado
 en el mio me franquea:
 soy compasiva, te amo;
 y la reprehension amarga
 nunca salió de mi labio.

Acem. ¡Ay! dexadme.

Mat. ¿Tú me huyes?

Acem. El momento ya ha llegado, *Aparte.*
 y va á venir.

Mat. ¿Qué delirio
 así te tiene embargado?
 ¿quáles designios meditas?
 errantes veo girando
 tus ojos por todas partes:
 yo me estremezco.

Acem. Calmaos.

No es nada, nada, os lo juro:
 quisiera hablar sin reparo,
 pero temo... no, no puedo.

A Dios.

Mat. ¿Me dexas, ingrato?

Acem. Os veré en breve, muy breve: *Corriendo.*
 para nunca mas dexaros.

Mat. Hijo, Acemon: ¡ay!

Acem. A Dios.

S C E N A III.

Matilde sola.

Mat. ¿Me habrá por siempre dexado?

¡O funesta despedida!

¿qué intentará, cielo santo?

Solo faltaba á los males,
de que cercada me hallo,
la pérdida de este hijo,
que tan solo me ha quedado
para consuelo. ¡Infelice!

yo creía que su dardo
á mí solo asestaría

la desgracia, y no á mi amado

Acemon: esta esperanza
aliviaba mi quebranto;

pero ya triste la miro
desvanecida en mi daño.

Hágate, querido hijo,

amor mas afortunado

que á tu madre: ¿mas qué veo?

á mí se viene acercando

una jóven fugitiva.

SCENA IV.

Matilde y Acelina.

Acel. Ponedme, señora, á salvo
por piedad.

Mat. ¿Qué mal te aflige,
tierna niña?

Acel. Los soldados
me persiguen: esos tigres
que vienen amenazando
mi triste vida... el dolor...
la turbacion... el cansancio...
no puedo mas. *Siéntase sobre una piedra.*

Mat. Cálmate:
tranquila goza el descanso,
yo te ocultaré piadosa:
te serviré.

Acel. El justo pago
dé á vuestra bondad el cielo:
al fin hallé, por acaso,
un corazon á quien mueve
el infortunio.

Mat. Sus daños
ha dias que experimento.

Acel. ¿Tambien os han alcanzado?

Mat. Tambien; pero mi desgracia
será menor, en logrando

la tuya aliviar: ¿quién eres?

Acel. La víctima que un tirano
á su furor preparaba.

Mat. ¿Es tu deudo por acaso?

Acel. No señora: un poderoso,
que por violencia mi mano
intentó lograr.

Mat. ¿Estabas
en su poder?

Acel. Yo lo llamo
una prision.

Mat. ¿Y lograste
huir de su vista?

Acel. Quando
al altar iba á llevarme.
Por senderos ignorados
he venido disfrazada,
con este trage aldeano
que tomé en una cabaña,
para engañar los malvados
que me persiguen: ¡mas ay!
caeré de nuevo en sus manos.

Mat. ¿Te han visto?

Acel. Desde esa roca

los guardias he dividido
 en la otra parte del rio,
 el qual, en breve pasando,
 aquí vendrán á prenderme:
 ¡si á mí sola aqueste daño
 amenazára!

Mat. ¿Pues qué
 aun hay otro desdichado?
 habla.

Acel. Ocultadme, ocultadme;
 que ya me viene buscando
 el feroz Aimar.

Mat. ¿Qué nombre
 ha pronunciado tu labio?

Acel. El del tirano.

Mat. ¡Infeliz!

Acel. ¿Le conoceis?

Mat. Demasiado. *Con sentimiento.*

Acel. No me descubrais, señora.

Mat. Conocerás que no es falso
 mi corazon.

Acel. Por desdicha,
 ¿tambien os ha atormentado?

Mat. Ven á mi choza.

Acel. Señora,
 el secreto que os encargo...

Mat. Nada temas, que el asilo
á todos será ocultado.

Acel. Oigo ruido:

Mat. Sígueme.

*Tómala de la mano, y éntrala
en la cabaña.*

SCENA V.

Acemon y Mariana.

Acem. ¡Mi esperanza ya ha acabado!
¿qué dices?

Mar. ¡Ay! huye, huye:
que te persigue el tirano.
Tu seguridad procura,
y en su prision y quebranto
se consolará Acelina,
sabiendo que te has librado
de sus verdugos.

Acem. ¡Huir!
¡abandonarla yo ingrato
quando por mi causa gime!
no puedo, no: ya á esperarlos
resuelto estoy: que me prendan,
y me lleven los soldados
á los negros calabozos

del opresor inhumano:
 así estaré cerca de ella,
 sus cadenas arrastrando:
 respiraré el ayre mismo,
 y lloraré mi fracaso
 baxo el mismo techo.

Mar. ¡Ay triste!
 que así te vas acercando
 á la muerte.

Acem. ¿Y no es morir
 estar de ella separado?

Mar. Huye te ruego.

Acem. Al castillo
 iré la muerte buscando:
 plegue al cielo que mi sangre
 sacie el furor del tirano;
 y de este modo liberte
 á mi bien idolatrado,
 del tormento que la espera.

SCENA VI.

Dichos y Matilde.

Acem. ¡Madre infeliz! *Viendo á Matilde.*

Mar. ¡Día aciago!

Mat. Hijo mio: ¿qué lamentos,

qué dolor desesperado
tu pecho oprime?

Mar. Señora:

tened, tened ¡ay! los pasos
de vuestro hijo, que va
á perderse alucinado.

Mat. Escucha, Acemon, escucha
mi triste rogar: ¡insano!
¿quieres ver mi muerte?

Acem. Madre,
no me permite escucharos
mi desesperado encono.

Mat. Al ménos de mí apiadado,
dime tu dolor.

Acem. La tiene
en su poder el tirano:
esclavizada suspira,
y estoy de ella separado
para siempre, para siempre:
otro recurso no hallo
á mi dolor, que la muerte.

Mat. ¿Mas de quién te separáron?
habla.

Acem. De mi bien, mi vida,
de la que ciego idolatro:
de Acelina.

Mat. ¡De Acelina!

Mar. No perdamos tiempo: huyamos,
huyamos, que Aimar ya llega.

Mat. ¡Aimar! ¿qué pronuncias?

Acem. Vamos

á que me quite la vida,
ó con pecho mas humano,
á mi Acelina me vuelva:
á Dios.

Mat. Escúchame, incauto:
¿dónde corres?

Acem. A la muerte.

SCENA VII.

Dichos y Acelina.

Acel. Vuelve, Acemon, á mis brazos:
Acemon...

Acem. ¿Qué voz escucho?

Mar. ¡O cielos!

*Mariana abraza á Acelina, la qual se arroja
en los brazos de Acemon.*

Mat. ¡Qué estoy mirando!

Acem. ¿Tú aquí, Acelina?

Mat. ¡Mi hijo,

rival de Aimar! ¡desdichado!

Acem. Miradla, madre, y veréis
si el amor en que me abraso
es digno de reprehensiones.

Mar. ¡Qué prodigio tan extraño
hallarte en éstos lugares!

Acem. ¿Qué deidad, aquí, tus pasos
ha conducido?

Acel. El amor.

Mar. ¿Quién te libró del tirano?

Acel. Mi valor.

Mar. ¿Este asilo quién te ha dado?

Mostrando á Matilde.

Acel. La humanidad: ¿pero vos
la madre de mi adorado?

Acem. Y tuya.

Mat. Queridos hijos,
vuestro peligro cercano
me hace temblar: ¿de qué modo
pudiera yo libertaros?
¡si supiérais el secreto
que me está martirizando!
este Aimar, este rival
de Acemon...

Acem. ¿Qué?...

Mat. No me es dado
explicarme.

Acel. Hablad.

Mat. ¿Lo quieres?

Escucha, pues, el arcano:
ese mismo que os persigue,
y cuyo amor ha causado
vuestra desventura...

SCENA VIII.

Dichos, y los amigos de Acemon.

Pais. Huid,

huid: que ya van llegando
á sorprehenderos los guardias.

Acem. Vedla, amigos, á mi lado:
vedla ya libre.

Pais. ¡Qué dicha!

Acem. Vuestro socorro y amparo
prestadla compadecidos;
defendedla: resistamos
unidos á la violencia,
y á un asilo solitario
donde oprimida no sea,
su inocencia conduzcamos.

*Todos muestran los instrumentos que les sirven
de armas.*

Pais. Te juramos defenderla.

Acem. Deponed el sobresalto,
 tierna madre, y tú Acelina,
 para seguir nuestros pasos,
 que el valor de mis amigos
 triunfará de los contrarios.

Pais. Si es forzoso, moriremos
 en vuestra defensa.

Acem. Huyamos,
 siguiendo el mismo destino.

*Al huir, salen los Guardias de Aimar, quienes
 cerrando la salida de la gruta, los detienen.*

Guard. Tened, y nadie sea osado
 á resistir.

Poniéndose en defensa.

Pais. La inocencia
 defender todos juramos.

Mat. Dios de piedad, protegednos.

Guard. Temed, temed insensatos:
 sufriréis la misma pena.

Pais. Hasta morir resistamos.

Guard. Arrancárosla sabrémos.

Pais. No os acerqueis, temerarios.

SCENA IX.

*Dichos y Aimar.**Las dos tropas se separan á vista de Aimar,
y él pasa por medio.**Aim.* Pues que á resistir se atreven,
no haya clemencia, soldados:
todos mueran: de mi encono
¿quién hoy podrá libertarse?*Mat.* Yo.*Aim.* ¡Dios! ¿qué miro? ¿Matilde!*Mat.* Sí, cruel; yo soy.*Aim.* ¡Qué espanto!

¡Matilde!...

*Todo lo que sigue en voz baxa con misterio.**Acel. y Acem.* ¿Por qué se turba?*Mar.* Atónito se ha quedado.*Acel.* ¡Qué sorpresa!*Acem.* ¡Qué silencio!

Suspira.

Mar. ¿Se habrá apiadado?

ó su castigo medita.

Aim. ¡Fatal encuentro!*Aparte.**Mat.* Temblando

mi pecho está.

Mar. ¡Qué vacila!

Aim. ¿Cómo te has determinado *A Matilde.*

á proteger un traidor,
de mis deseos contrario?

Huye, Acelina culpable,

de mi vengativo brazo:

¿y tú les das un asilo?

pero nadie libertarlos

hoy podrá de mi venganza:

obedeced mi mandato.

A los Guardias.

Mat. Tened.

Acem. Amigos.

A los Paisanos.

Se ponen en defensa.

Mat. Pues nada

Esforzando la voz.

su furor ha mitigado,

camina, querido hijo,

á recibir el infausto

golpe de tu mismo padre.

Aim. ¡De su padre!

Mat. Sí: inhumano,

hiere á tu hijo.

En la mayor turbacion.

Aim. ¿Qué escucho?

Acelina y Acemon se van acercando tímidamente hasta arrodillarse ante Aimar, quien estará profundamente reflexivo.

Acem. y Acel. ¿Nos recibis apiadado por vuestros hijos?

Aim. ¡Qué pena!

En tan imprevisto caso,

¿qué he de hacer? ¡funesto día!

Mat. ¿Conoces mi voz, ingrato?

Acem. y Acel. ¿Seréis nuestro padre?

Aim. Aparta.

A Acelina.

Acem. A vuestros pies imploramos nuestro perdón.

Aim. ¡Ah, Matilde!

Suspirando.

Mat. La misma soy.

Aim. Alejaos

para siempre de mí vista,

que me estais atormentando.

Mat. Cruel: ¿castigarlos quieres?

Cogiendo con fuerza á Acemon y Acelina.

Aim. Quiero en este día á entrambos uniros:

Abraza á Matilde, y á los dos amantes.

esposa, llega:

venid hijos á estrecharos

en mi corazón. Conozco

A Acelina.

mi ceguedad, y aun te amo;
pero solo como padre.

Mat. ¡O júbilo inesperado!

¡día feliz!

Acem. Pues el cielo,

nuestros ruegos escuchando,

nos vuelve la paz ansiada,

Todos. Su clemencia bendigamos.

F I N.

EL PRESO,

ó

EL PARECIDO.

MELODRAMA

EN UN ACTO,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. E. T.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1800.

*Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle
de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.*

EL PRINCIPAL

EL TERCER TOMO

SEGUNDA EDICION

EN UN TOMO

TRADUCCION DE FRANCISCO

FOR

D. E. T.

MADRID

EN LA OFICINA DE LA IMPRENTA DE SAN JUAN DE LOS RIOS

AÑO DE 1800.

En la Libreria de D. Juan de los Rios y en la Compañia de San Juan de los Rios

ACTORES.

BLINVAL. SEÑOR BERNARDO GIL.

EL GOBERNADOR. SEÑOR MIGUEL GARRIDO.

GERMAN. SEÑOR EUSEBIO FERNANDEZ.

MURVILLE. JOSEF OROS.

MADAMA BELMONT. SEÑORA JOAQUINA BRIO-
NES.

ROSINA. SEÑORA LAUREANA CORREA.

UN CABO.

UN CRIADO.

La Scena es en Sorrento cerca de Nápoles.

El teatro representa una sala decentemente adornada: en el primer bastidor del lado derecho de la scena habrá una puerta.

SCENA PRIMERA.

Rosina sola.

Ros. Miéntras que mi mamá visita al Gobernador, voy á la ventana de la escalerilla, desde donde oiré tal vez cantar á mi preso del castillo. ¡Qué mal hace este Gobernador en tener aprisionado á un jóven tan lindo!

SCENA II.

German y Rosina.

Germ. Ola: nadie responde. *Dentro.*

Ros. ¿Quién es?

Al bastidor.

Germ. Tráete la valija, cuida de mi caballo, y de que nos preparen cena para los dos.

Ros. ¿ En dónde se ha imaginado vm. que está?

Germ. En casa de la señora Belmont, viuda rica, amable, que tiene una hija como una perla, de

quienes' tengo la honra de ser un humilde criado.

Ros. ¿Y vm. quién es, caballero?

Germ. El embaxador de amor; el correo de himenéo; y en una palabra, el fiel criado del Capitan Murville: German para servir á vm.

Ros. ¡Ah! ya: ¡viene vm. de parte de nuestro primo Murville!... Voy á mandar que llamen á mi madre: espérela vm. aquí. Me aprovecharé de estos últimos momentos para dar una vuelta hácia la ventana.

SCENA III.

German solo.

Germ. ¿A qué diablos me habrá hecho adelantar este señor Murville? ¿Qué asunto le detendrá en Nápoles? Sin duda será la prision de su amigo Blinval; de ese tronera, que faltando á la subordinacion... ¡el negocio es de mucha conseqüencia! Pero como este Oficial se ha distinguido siempre, y por otra parte mi amo tiene presente que le debió la vida en la última batalla, hará todo lo posible para alcanzar la libertad de este imprudente mozo. Pero, tate: ahora me acuerdo, que cerca de aquí es donde está preso en el castillo de Sorrento. Si pudiese

verle... no podré, no: son las órdenes muy rigurosas.

SCENA IV.

Blinval y German.

Blinval sale por la puerta del primer bastidor con vestido amarillo á lo usar; el cabello descompuesto; atada al desgayre la corbata; y en fin, con aquel desaliño decoroso que admite
la scena.

Blinv. Esta habitacion bien puede trocarse por la otra. ¿Si estaré soñando? ¡Pasar de una prision á morada tan deliciosa! Yo no sé dónde me hallo.

Germ. El es un atolondrado, un loco;

Sin verle.

pero al mismo tiempo amable.

Blinv. ¿Quién pudiera imaginarse que esta agradable casa tuviera comunicacion con la prision mas horrorosa?

Germ. Yo le quiero bien á este Blinval: ¡es tan alegre!...

Blinv. ¡Blinval! ¿Quién me llama?

Duo.

Germ. ¡Qué veo! yo estoy pasmado.

Blinv. Aquel es en mi opinion.

Germ. Es Blinval el que he mirado.

Blinv. Es German el picaron.

Germ. ¿Qué aventura os ha traído,
decid, á esta habitacion?

Yo jurára que metido
estabais en la prision.

Blinv. ¿Qué aventura me ha traído,
dime tú, á esta habitacion?

El Gobernador metido
me supone en la prision.

Germ. Tan extraña algaravía
no comprehende mi razon.

Blinv. Sabrás la aventura mia;
pero de esta habitacion
dí el dueño sin detencion.

Germ. Vive en esta casa ahora
la viuda de un tal Belmont,
que de muy buena señora
tiene en el pueblo opinion.

Blinv. Si conoces su familia,
al punto dime, German,
¿tiene esta dama una hija
de unos diez y seis de edad?

Germ. Sé que la llaman Rosina,
de hermosura sin igual;

pero vuestros ojos dicen
que la han conocido ya.

Blim. ¡Qué aventura! ¡qué alegría!
á pesar de mi prision,
tengo de ver á fé mia
á la hija de Belmont.

Germ. ¡Qué aventura! ¡qué alegría!
debiendo estar en prision:
tan extraña algaravía
no comprehende mi razon.

Germ. Pero en fin, dígame vm.: ¿por qué ex-
traño prodigio ha venido á parar aquí?

Blinv. Ciertamente que ha sido prodigio: escucha:
encerrado en una sala baxa de la torre, cerca
del foso, ví cierto dia á una doncellita que me
estaba mirando con mucho ahinco desde una
ventanilla de la casa. Deleytóme su atencion,
y le manifesté mi reconocimiento cantando unas
malas coplillas que hice allí de repente. Desde
entónces hubo cada dia nuevas canciones y mi-
radas, con las quales, y con el deseo de liber-
tad, se me hizo la prision insoportable. En uno
de los raptos de mi enojosa impaciencia rompí
uno de los infelices muebles que adornan mi
triste morada, y entre sus despojos ví un papel
que decia: *al desdichado que me suceda:* " si

„deseas libertad, en tu mano la tienes. Yo he vi-
 „vido diez años en este mismo aposento donde
 „el honor me tenia aprisionado; pero el amor
 „cuidó de hacerme la prision mas llevadera. Tú,
 „á quien no pueden contener los mismos moti-
 „vos, sabe que una secreta salida conduce á la
 „casa inmediata”... Despues indicaba el modo de
 salir: visto lo qual, levanto sin mucho esfuer-
 zo una portezuela de piedra: baxo por ella,
 y despues de haber pasado un estrecho subter-
 ráneo, subo unos pasos, y al cabo tropiezo con
 una puerta que abrí sin dificultad apretando un
 resorte. Halléme en ese aposento inmediato sin
 saber dónde estaba, ni lo que he de hacer ó
 decir, y últimamente ni en qué vendrá á pa-
 rar todo esto.

Germ. ¿Pero ha venido vm. á dar á esta mis-
 ma sala?

Señalándole con el dedo..

Blinv. No: á aquel gabinete.

Va á la puerta, y la abre.

Germ. ¿Y será conocida la puerta que conduce
 á la prision desde este aposento?

Blinv. No es creíble, porque está cubierta con
 un espejo.

Reflexionando.

Germ. Ya, ya caigo. Esto es que una muger enamorada... En efecto, he oído decir á su amigo de vm. Murville, que Madama Belmont compró esta casa á una señorita... La puerta secreta... el subterráneo... ya está conocida la trampa. ¿Pero qué piensa vm. hacer? ¿Intenta vm. escaparse?

Blinv. De ningun modo: el honor me tiene en el castillo igualmente que á mi antecesor; mas quiero á su exemplo mitigar con el amor la penalidad de su encierro.

Germ. Y se persuade vm. á que Madama Belmont tendrá humor para...

Blinv. Dices bien, que nunca consentirá... pero dime, ¿qué asunto te ha traído á Sorrento?

Germ. Una boda. Mi amo Murville, es primo de Madama Belmont; pero hacia mucho tiempo que estaban encontrados con motivo de un pleyto, sobre el qual tuviéron al fin que escribirse. Las primeras cartas fuéron secas: las segundas mas afectuosas, y en las demas trataron de arreglo de cosas, de amor, y en una palabra han acordado terminar las diferencias amistosamente por medio de un casamiento por razon de estado.

Blinv. ¡Gran cosa! ¿y cuándo se ha de celebrar?

Germ. No me ha dicho el dia: yo he venido delante por ciertos asuntos.

Blinv. ¿Pero se han visto los dos alguna vez?

Germ. Nunca.

Blinv. ¿Nunca se han visto? ¿Pues ya estoy seguro en esta casa.

Germ. ¿Cómo? ¿qué dice vm.?

Blinv. ¿Qué? ¿no me has entendido? sabe que voy á fingirme Murville, y así en vez de echarme de aquí, y encerrarme tal vez en una prision mas estrecha, me acogerán, me obsequiarán...

Germ. Y tal vez le casarán á vm.

Blinv. Eso no: yo sé respetar los derechos de la amistad; pero lograré ver así á mi graciosísima incógnita, podré al fin hablarla, y respirar con libertad un ayre mas puro.

Empieza á anochecer.

Germ. Sí; pero tambien visitarán la prision, no encontrarán á nadie, se descubrirá la salida...

Blinv. Nada de eso sucederá; porque solo van una vez al dia á darme de comer, y desde ahora hasta mañana al mediodia...

Germ. Me temo que no ha de salir bien el en-

redo. ¿Cómo le han de tener á vm. por el Capitan Murville, al verle con ese desaliño, propio de un encarcelado?

Blinv. Los ladrones me asaltaron en el camino, y no me han dexado nada: cata ya forjada la historia.

Germ. Para todo encuentra vm. salida; ¿pero, y mi pundonor?

Blinv. Recibirá el pago. Cincuenta doblones te vale el secreto.

Germ. ¿Y todo va á cargo de vm.?

Blinv. Todo. No tengas que temer.

Germ. Va bien. Lo mejor es que todas las cosas se han puesto en nuestro favor, pues los criados han salido á buscar á Madama Belmont, y así creerán que ha llegado vm. entre tanto. Pero gente viene, y es nuestra viuda. Atencion, y comience vm. á hacer su papel.

SCENA V.

Dichos y Madama Belmont; ésta sale precedida de su criado, el qual trae luces que ha de poner sobre una mesa.

Mad. ¿Son vms. los que desean hablarme, caballeros?

Germ. Sí señora: yo que venia lleno de gozo á anunciar á vm. la llegada del caballero Murville... pero ¡ó Dios mio!...

Mad. Me has asustado. ¿Le ha sucedido algun fracaso? ¿dí?

Germ. ¡Hay, señor! Hable vm. porque yo no tengo espíritu para ello.

Mad. ¿Qué es vm. mi primo?

Blinv. Sí; yo soy, prima mía: pero ya vé vm. en que estado...

Mad. ¿Qué desgracia le ha sucedido á vm.?

Blinv. La amistad, el amor, el deseo, todo me traía con la mayor ligereza, quando unos ladrones...

Mad. ¡Ladrones!

Blinv. Sí: unos ladrones me asáltaron á pocas leguas de aquí.

Germ. Por poco me toca á mí la misma suerte.

Mad. ¿Unos ladrones?

Trio.

Blinv. Por ese bosque vecino

á mi caballo guiaba,

y en el molesto camino

vuestro asilo me mostraba

para alegrarme el amor.

Mad. Este asilo le mostraba

Riendo.

para alegrarle el amor.

Germ. ¡Cómo de mentir acaba *Aparte.*

le conducía el amor!

Blinv. Veinte fieros ladrones

me asaltaron de improviso,

y me cierran el paso

veinte horribles cuchillos.

Mad. ¡Veinte horribles cuchillos!

¡cómo tiembla mi pecho!

Germ. Le cerraban el paso

cerrojos muy tremendos.

Blinv. Peléo con teson,

y en su sangre manchada,

saqué en breve mi espada.

Sin compasion

oigo gritar,

y perjurar

tanto ladrón.

Germ. Que embusterón. *Aparte.*

Blinv. Yo me defendo animoso,

zas, zas, zas, zas.

Mad. ¡O combate espantoso!

tiemblo cada vez mas.

Germ. El destrozo horroroso

fué entónces por demas.

Blinv. Pero á tantos mi espada

cede: el crimen venció;
 la tropa desalmada
 por muerto me dexó,
 y del botin cargada
 sin escrúpulo huyó.

Si para unirnos mis dias
 la providencia salvó,
 juro anticipadamente
 consagrarlos al amor.

Mad. Si la justa providencia
 vuestra vida conservó,
 la inocencia como siempre
 este dia defendió.

Germ. Con la ciega confianza
 de Madama, rio yo;
 pero no le creerá siempre
 con este mismo candor.

Mad. ¡Qué triste acontecimiento! ¿pero cómo
 fué el salir sin herida?

Blinv. Aquellos infelices despues de haberme arrojado en tierra, me despojaron de todo: pero la imprevista llegada de ciertos caballeros los puso en huída. Socorriéronme prontamente, y á excepcion de una corta fatiga, nada conservo ya, ni aun la memoria de mi triste aventura.

Aparte.

Mad. Aun es mas jóven de lo que yo imaginaba.
Duélome mucho de...

Blinv. No esperaba yo otra cosa. La bondad
de vm....

Mad. Mi última carta habrá dado á conocer á
vm. el aprecio que hago de su mérito.

Aparte.

Blinv. ¡Ay!... No hablémos de esto ahora: lo que
mas urge, á mi parecer, es buscarme un ves-
tido, porque á la verdad me da empacho mi-
rarme... Parezco...

Germ. Un escalador de cárcel. *Aparte.*

Mad. Esta aldea es infeliz, y será dificultoso...
pero no importa: mi hermano dexó en su úl-
timo viage unos vestidos... si le vinieran á vm...

Blinv. Sean como quieran, tendrán que servirme.

A German.

Mad. Dí á mi hija que te abra el gabinete don-
de están, y toma lo que juzgues conveniente
para tu amo. *Vase German.*

SCENA VI.

Madama Belmont y Blinval.

Mad. Ahora que estamos solos, podemos hablar
de nuestros asuntos.

Blinv. Enhorabuena. Pero aun estoy fuera de mí con esta aventura. Esos diablos de ladrones me han trastornado el cerebro.

Mad. Yo lo creo.

Blinv. De aquí á algunos dias no tendré dificultad en responder concertadamente á quantas preguntas quiera vm. hacerme.

Mad. No: si solo se reducirán á saber si es vm. de parecer que envíe un poder al notario.

Blinv. Sí, sí, ese es mi dictámen.

Mad. ¿Y conviene vm. en que nos quedemos con la labranza?

Blinv. ¿La labranza? Bien, sí, quedémonos con la labranza: yo no hallo inconveniente en que nos quedemos con la labranza.

Mad. ¿Pero de este modo qué ventajas le resultarán á mi hija? Ya vé vm. que tiene derecho...

Blinv. Y muy grande: ¡ó! es una muchacha tan amable, de una fisonomía tan dulce, tan tierna, tan interesante...

Mad. ¿Qué enagenamiento! ¿Y cómo sabe vm. todo eso, no habiéndola visto jamas?

Aparte.

Blinv. ¡Calavera!

A ella.

Lo digo por el retrato que German me ha

hecho de ella poco hace. Pero dexémos por ahora el pleyto, prima mia.

Mad. Si no se trataba del pleyto.

Blinv. ¡Ah! No era del pleyto: si he dicho ya que tengo la cabeza tan trastornada...

Mad. Pues bien, dexémoslo.

Con ternura.

Blinv. Hablémos de nosotros, que importa infinitamente mas.

Mad. Que me place. Por otra parte sus cartas de vm., escritas con tanta prudencia, me dan toda la libertad posible. Creo que nos conocémos ya bien, sin habernos visto en ningun tiempo: solo me admira una cosa en vm.

Blinv. ¿Y cuál es?

Mad. Que yo suponía á mi primo, segun sus cartas, un hombre ya maduro, un hombre de quarenta años á lo ménos, y hallo que es muy jóven todavía.

Blinv. Es que no represento la edad que tengo; pero al cabo esto no es mucha desgracia.

Mad. No: sin embargo, como en nuestro enlace tienen mas parte la razon y la amistad que el amor, casi me inclino á creer que la poca edad de vm. sea un defecto.

Blinv. ¿Cómo un defecto? A fé que no piensan así todas las mugeres.

Mad. Oiga vm. Esposos iguales piden del himenéo los lazos,
 pues nunca harán buena junta
 las viejas con los muchachos;
 á la desmayada flor
 no se va la mariposa,
 y cede el beso de amor
 al pimpollo mustia rosa.

La union debe ser mas grata
 para un viejo enamorado;
 y vemos que á veces ama
 la niña al esposo anciano.
 En su postrera estacion
 aun el hombre la enamora:
 ¿no vemos como á Titon
 rejuvenece la Aurora?

Blinv. A dos pechos bien unidos
 no puede el tiempo dañar,
 que siempre es jóven quien sabe
 el secreto de agradar.
 Vemos ya tarde en la flor
 su belleza matutina,
 y del alva el esplendor
 en el sol quando declina.

SCENA VII.

Dichos, y German con un sobretodo obscuro.

Germ. Señora, no he encontrado en todo el aposento mas que este vestido.

Blinv. No, no consentiré...

Mad. Será forzoso. Tú arregla ese gabinete, que ha de servir para tu amo.

Aparte.

Blinv. ¡Qué dicha! El mismo donde está la puerta secreta.

Mad. Permítame vm. ir á noticiar su venida á mi hija. Ya sabe vm. que un padrastro...

Blinv. Con todo, me lisongo que no ha de mirar á su padrastro con malos ojos.

Mad. Voy, voy á mandarla que venga á ofrecer á vm. sus respetos y deberes.

Blinv. ¡Ah! ¡ah! *Riendo.*

¡Sus deberes! Me da vm. mucho gusto.

Vase Madama.

SCENA VIII.

German y Blinval.

Blinval delante del espejo del gabinete esperando el vestido, quítase la corbata.

Blinv. Vamos, German, al tocador, aprisa. ¿No tengo ahora un continente mas reposado, mas juicioso?

Germ. ¿Juicioso? ¡Ay, señor! Nunca le tendrá vmd.

Blinv. No, no: quiero ser de aquí adelante mas formal.

Germ. ¿Y de qué manera?

Blinv. Casándome. Es necesario poner fin á las locuras: medio año de retiro forzoso me ha enseñado á reflexionar.

Germ. Bien lo necesitaba vmd., pues era lo único que le faltaba.

Blinv. Sí, sí: intento ofrecer mi mano y mi corazón á esa amable Rosina, que ha sido mi única consoladora: ya es tiempo de enmendarse, German.

Rondo.

Esto es hecho, yo me caso,
vivir quiero qual Caton.

Si hay un tiempo de locura,
hay otro de reflexión.

Con el matrimonio
una niña honrada
puede enamorada
hacerme feliz.

Y luego la hermosa,
fiel y cariñosa,
sabr  mi ternura
ganar para sí.

Esto es hecho: yo me caso, &c.

Todo será dicha,
mi querida esposa,
de prole graciosa,
el padre me har :
entre mis cariños
crecerán los niños,
y así venturosa
mi vejez será.

Esto es hecho: yo me caso, &c.

Germ. Grandes proyectos. Pero mientras que llega esta reforma,   qu nto tiempo piensa vm. permanecer en la casa?

Blinv. Todo quanto pueda. El cielo favorece mi traza, como ves; pues me han dado el gabinete que se comunica con la torre. Quando mi

presencia sea necesaria en ella , me encerraré en mi aposento, iré á la prision, y volveré sin que ninguno, así de la casa como del castillo, pueda jamas descubrir la puerta secreta, ni el subterráneo.

Germ. Pero en viniendo mi señor Murville, se descubrirá la superchería: yo seré despedido, y vm. encarcelado.

Blinv. De mi parte yo no arriesgo nada, porque mi suerte no puede ser mas rigorosa: y aunque estuviese solo un dia en tan agradable casa, aunque no pudiera decir mas que una palabra á la amable Rosina, siempre sería para mí el placer mas apreciable, por quanto se le arrebató á mi perverso destino.

Germ. Pero yo que tengo libertad, y que gracias á Dios, no estoy enamorado, corro mucho riesgo de ir á pasar con vm. al castillo, por ayudarle en sus proyectos.

Con viveza.

Blinv. Mucho me alegrára; que así me acompañarías.

Germ. ¡Lindo consuelo! Pero aquí viene la hermosa niña.

Blinv. La hermosa, sí: ese es el nombre que la quadra.

Germ. Vm. no necesita ya de mí, estando en posesion de la casa. Yo voy á posesionarme de mi oficio.

SCENA IX.

Rosina y Blinval.

Ros. He aquí el que ha de ser mi padrastro. Me llegaré.

Blinv. ¿Cuál será su sorpresa! Cómo ha de persuadirse á que soy el encarcelado, cuyas cantinelas... No puede ser, porque me ha visto de tan léjos... Pero vamos á ver si me ama.

Ros. ¿Creeré á mis ojos? ¡ó Dios!

Blinv. ¿Qué teneis, hermosa niña?

Ros. Todas sus facciones son. *Aparte.*

Blinv. ¿Me parezco á la familia?

Ros. Quien vé al uno, vé á los dos.

Al verle tan semejante,
se conmueve el corazon.

Blinv. Me harán por siempre constante
su hermosura y su candor.

¿Amarás á tu padrastro?

Ros. En verdad que no lo sé: *Aparte.*

con su vista me agité.

Blinv. Con mi vista la agité.

La toma la mano.

Será mi dicha agradarte.

Quiero ser merecedor,

mi Rosina, de tu amor.

Ros. Palpitar mi pecho siento;

su voz, su cara está allí:

mi agitacion va en aumento,

no sé lo que pasa en mí.

Blinv. Palpitar su pecho siento;

teniendo su mano así,

su agitacion va en aumento:

yo sé lo que pasa en tí.

Ros. Si no le hubiera visto esta mañana á la ventana de su prision, creería...

Blinv. ¡Quál me mira! Y qué arriesgo en declararla... pero aquí viene mi futura... Prudencia...

SCENA X.

Dichos y Madama Belmont.

Mad. Primo, vengo á prevenir á vm. que tenemos esta noche un convidado.

Blinv. ¿Y quién es?

Mad. Un amigo de casa: el viejo Gobernador del castillo.

Blinv. ¿El Gobernador?

Mad. Sí: acaba de decirme que vendrá sin cumplimiento á cenar con nosotros: tiene deseos de conocer á un militar de tanto mérito como vm.

Aparte.

Blinv. ¿Cómo? ¿el Gobernador? ¡qué desgracia!

A su hija.

Mad. Corre á mandar, que preparen una cena digna de los convidados.

Ros. Vaya, ¡es un prodigio! ¡lo que se parece!

SCENA XI.

Blinval y Madama.

Mad. ¿No le lisonjea á vm. el ver que el mismo día de su llegada?...

Blinv. Sí; ciertamente, me honran mucho; pero estoy tan fatigado ahora... ya puede vm. conocer que despues de mi aventura; despues de haber arrostrado veinte ladrones, tendré necesidad de reposo.

Mad. Nos pondremos temprano á la mesa, porque ya tendrá vm. gana.

Con artificio.

Blinv. Con todo, yo quisiera cenar solo con vm. familiarmente. En los términos en que nosotros nos hallamos, tan cerca ya de unirnos, un ter-

cero incomoda siempre: no se pueden decir aquellas cosas...

Riéndose.

Mad. ¡O! tiempo tendrémos de hablarnos á solas.

Blinv. No obstante, si queremos hablar de nuestros asuntos... del pleyto... y despues de la labranza...

Mad. ¿Pues no me dixo vm. poco ha, que su cabeza debilitada no le permitía?...

Blinv. ¡Cáspita!...

Mad. Pues que le desagrada á ym. tanto cenar así, voy á enviarle un recado: pero ya no hay tiempo, porque le tenemos aquí.

Aparte.

Blinv. Firmeza, Blinval... El Gobernador apenas me conoce, y la osadía me sacará del peligro.

Vuélvese de espaldas, fingiendo que lee unos papeles.

SCENA XII.

Dichos y el Gobernador: éste con vestido azul, galoneado, calzon negro, medias blancas y peluca.

Gob. Salud á la amable vecina.

Mad. No le esperaba á vm. tan temprano.

Aparte.

Blinv. Recojamos las fuerzas para sostener el combate.

Gob. Si estuviera en mi mano, yo haria mas cómoda nuestra vecindad, destruyendo la barrera que nos separa, y de este modo no tendria que rodear tanto; pero la seguridad del castillo exíge...
 Dígame vm. vecina: ¿es ese caballero Murville?

Mad. El mismo.

Gob. ¿Quiere vm. presentarme á él? Imagino que se alegrará de ver un viejo soldado, que ha servido bien á su patria, y que goza alegremente el recuerdo de su juventud.

Mad. Primo: he aquí al señor Gobernador.

Blinv. ¡Ah! perdone vm. que estaba distraído.

Gob. Vm. es el que ha de perdonar, porque le he incomodado.

Pasa al lado de Blinval, saludándole: mírale con atencion, y se sorprehende.

Pero como... yo... es cosa muy extraña. ¿Es vm. el caballero Murville?

Blinv. Sí señor.

Gob. ¡Dios mio! no vuelvo de mi pasmo.

Blinv. He aquí el momento crítico... *Aparte.*

Gob. Vaya, sino estuviera seguro de que le tengo baxo de llave...

Blinv. ¿Por qué me mira vm. con tanto ahinco, caballero?

Mad. En efecto, Gobernador, estoy admirada.

Gob. Perdone vm., mi amada vecina, que este caballero me recuerda el semblante de un Oficial á quien he visto pocas veces á la verdad; pero á mi entender se parecen tanto...

Se rie.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Quién no se engañaría? ¡Ah! ¡ah!

Blinv. ¿Y ese Oficial?

Con un tono sério.

Gob. Está ahora mismo entre quatro paredes bien fuertes: allí, allí; á dos pasos de nosotros en la torre mas alta. ¡O! si él pudiera escaparse; yo le perdonaría de buena gana.

Aparte.

Blinv. No se me olvidará la promesa.

Mad. ¿Le trata vm. con mucho rigor?

Gob. Las órdenes lo exîgen. Pero aunque obedezco puntualmente, hago por mitigar la penalidad de su situacion. Como no me han prohibido el ser compasivo, cumplo lo mejor que puedo con este deber, que es el principal de mi empleo.

Mad. ¿Cómo se llama ese preso?

Gob. Blinval.

Blinv. ¡Blinval! Le conozco. Hemos servido en el mismo cuerpo.

Gob. Bien: ¿y no es cierto que se parecen vms.?

Blinv. ¡O! mucho. En el regimiento nos tenían por hermanos.

Gob. Lo creo. Sin embargo: vm. es infinitamente mejor, de un continente más juicioso: el otro al contrario, es un tronera, y aun me parece que algo tonto.

Blinv. ¿Vm. lo cree así?

Gob. Dexemos eso. No debo hablar mal de él porque es desgraciado, y acaso lo será más en adelante.

Blinv. ¿Cómo? ¿vm. cree que su asunto?...

Gob. No se compondrá.

Mad. Malo es eso.

Blinv. Malo en efecto, porque le quiero mucho.

Gob. Vive Dios, que pues vm. es su amigo, me da tentación de hacer una cosa, que así á vm. como á él, ha de alegrar mucho.

Mad. ¿Qué es ello?

Gob. Será preciso guardar el secreto, porque me arriesgo en lo que intento hacer.

Blinv. ¿Cuál es el proyecto?

Gob. Que venga á cenar esta misma noche con su amigo Murville: ¿qué tal? ¿he?

Blinv. ¿Connmigo?

Mad. La idea es excelente, y doy á vm. gracias por ella á nombre de mi primo.

Blinv. ¿Y qué intenta vm.?

Tomándole la mano.

Gob. Esta es una prueba que quiero dar á vm. de mi afecto.

Blinv. Vm. es muy bondadoso.

¡Qué embarazo! *Aparte.*

pero no me es posible ver á ese Blinval de que vm. habla, porque tuvimos los dos una pendencia muy reñida.

Gob. ¡Frioleras! por algun amorío: ¿no es así? yo lo compondré todo.

Blinv. No señor, no es posible.

Gob. Diga vm. lo que quiera, he de tener el gusto de ver si esta semejanza es tan perfecta como yo me he figurado. Vamos, le ha de ver vm. pues ya está determinado.

Blinv. No, no lo consentiré jamas.

Gob. ¿Y por una friolera

habeis de odiar á Blinval?

Con mi mediacion quisiera volveros á su amistad.

Blinv. Es un fátuo, un calavera; no quiero mirarle, no.

Gob. Lo mismo os he dicho yo,
 que es un fátuo y un tronera;
 pero gracias á mi zelo,
 vais á abrazaros los dos.
 ¿Qué decís, vecina mia,
 he proyectado bien yo?

Blinv. No, no, no, no.

Gob. Es de chanza su porfia;
 pero yo tengo razon.
 Vamos, vamos á buscar
 á nuestro jóven soldado.

A Blinval, que intenta detenerle.

Déxeme vm. caminar,
 que este asunto mi cuidado
 intenta ver acabado.

Blinv. Dios mio, ¡qué triste azar!

Gob. Esta es muy buena aventura, *A Madama.*
 la cena alegre va á ser:
 reirémos con la figura,
 que al verse van á poner.

Blinv. Yo rabio con la figura,
 que ahora tengo que hacer.

Gob. A Dios, á Dios: soy con vm. de aquí á al-
 gunos momentos.

Blinv. No, no puedo sufrir...

S C E N A X I I I .

*Madama y Blinval.**Mad.* Ya está muy léjos.*Blinv.* Solo me queda un partido que tomar, y es volverme á la prision.*Mad.* Así dará vm. un placer á ese desdichado Blinval.*Blinv.* ¡Blinval! No me hable vm. de él, porque su nombre solo me encoleriza; pero ya que no puedo impedir que venga, me retiraré.*Mad.* ¿Cómo? ¿intenta vm. dexarnos?*Blinv.* Señora, no me detenga vm., que estoy furioso. *Aparte.*Ea, al subterráneo volando, no sea que suceda alguna sangrienta catástrofe: lo mas acertado será ir á acostarme. *Vase.*

S C E N A X I V .

*Madama Belmont sola.**Mad.* ¡Qué iracundo, qué desentono tan indecoroso! Yo esperaba de Murville mas condescendencia, mas política. ¡Qué tenacidad en negarse á una propuesta tan loable! ¡qué responder tan

colérico! ¡y qué despedida tan grosera! ¡Ah, primo! no era esto lo que me anunciaban tus cartas: ¡qué diferencia de tu conducta á tu estilo! Pero á bien que no soy tu esposa todavía: y aunque el interés de mi hija, y el deseo de poner fin á un largo litigio me hayan hecho consentir en ofrecerte mi mano, con todo no se verificará la union, faltándome la esperanza de hallar mi felicidad en ella.

SCENA XV.

Rosina y Madama.

Ros. ¿Cómo tan sola, mamá? ¿qué es de la compañía con que se quedó vm.?

Mad. ¿Murville? se ha retirado á su aposento.

Ros. ¿Está indispuerto acaso? lo siento en extremo.

Mad. No: está bueno; pero por estarse mas cómodamente, se ha ido á acostar.

Ros. El rasgo no ha sido muy fino para un hombre que desea ser esposo de vm.

Mad. No lo es todavía.

Ros. ¿Con qué todos mis preparativos de cena han sido inútiles?

Mad. No, porque le reemplaza otro. El Gobernador se ha empeñado en que son muy pareci-

dos Murville, y uno de los presos; y quiere tener el gusto de juntarlos.

Ros. ¿Quién? ese preso que.... ¡O! se parecen ciertamente: qualquiera tendrá al uno por el otro.

Mad. ¿Y cómo sabes tú que se parecen?

Ros. Es que... he oído decir... vaya mamá: voy á confesárselo á vm. todo, porque yo no puedo mentir.

Mad. ¿Pues de qué conoces tú á ese militar?

Ros. De verle y oírle cantar todos los dias desde la ventana de la escalerilla. Con sus cantares manifiesta su pena: llora su libertad perdida: se queja de que todos le abandonan; y yo por compasion le abandono lo ménos que puedo.

Mad. Tu sencillez me conmueve: y así léjos de reprehender esa piedad en favor de un desdichado, te la apruebo; pero es necesario que tenga los debidos límites. Compadecer á ese jóven es tu deber, y amarle sería una imprudencia.

Con ternura.

Ros. No, mamá, no le amo; pero le compadezco mucho.

Quando en una torre obscura

llora este jóven su mal,

mi compasion y ternura

es entónces natural.

Triste me hallo todo el dia

si le escucho en su dolor:

no os enfadeis, mamá mia,

que la piedad no es amor.

Si á la ventana asomada

oigo su triste cantar,

enmudezco; y engañada

creo oirle sin cesar.

Allí de noche y de dia

escuchára su dolor;

no os enfadeis, mamá mia,

que la piedad no es amor.

Cierto dia me encantaba

un romance que le oí:

aprenderlo no intentaba,

y sin querer lo aprendí.

Desde entónces noche y dia

tambien le repito yo;

no os enfadeis, mamá mia,

que la piedad no es amor.

Mad. ; Noche y dia!

Meneando la cabeza.

SCENA XVI.

Dichos, Gobernador y Blinval.

*Blinval con uniforme de cazadores,
dice al entrar.*

Blinv. Aun estoy desvanecido de la prision.

Ros. Es el mismo.

Mad. En efecto se parecen.

Ros. Bien le decia yo á vm.

Gob. Aquí presento á vm., amada vecina, un virtuoso cenobita, que ha renunciado por algunos meses á la vanidad del mundo.

Mad. Bien pudiera haber elegido una ermita mas agradable.

*Blinval habla en toda la scena con tono
de humildad y ternura.*

Blinv. Baxo los auspicios de mi Gobernador, me he tomado la libertad de presentarme á vm.

Gob. Basta de cumplimientos; aprovechese vm. de estos favorables instantes, caballero; y dando de mano á los pesares por ahora, dispongase vm. á reir.

Blinv. Tan hermosos objetos hacen poner en olvido las pesadumbres.

Ros. ¿No es cierto que es amable, mamá?

Gob. Pero no veo por aquí al caballero Murville:
¿aun resiste ver á su amigo?

Blinv. Espero que una desavenencia de muchachos no me privará de su amistad.

Gob. ¡Qué patarata! Todos los dias hay entre los militares de estas quimerillas; pero todo se compone con el vaso en la mano. Nosotros haremos lo mismo: y si vm. es culpado, el otro le reprehenderá, nosotros le reprehenderemos tambien: vm. le abrazará, y helo todo compuesto.

Mad. Temo que no ha de lograr vm. sus deseos.

Gob. ¿Por qué no?

Mad. Porque se niega obstinadamente á verse con el señor.

Fingiendo un sentimiento muy grande.

Blinv. ¡O Dios mio!

Mad. En vano intenté aplacar su enojo. Lleno de furor se metió en su quarto, y se cerró.

Ros. ¡Ah! me parece que nuestro primo no tiene muy buen corazon.

Blinv. ¡Quánto me afligen vms.! Esperaba yo que el tiempo, mi desgracia, y el respeto debido á tales mediadores, vencerían su repugnancia en verme. Si le he ofendido en algo, estoy

pronto á expiar mi culpa con la confesion de ella, y con las satisfacciones mas sinceras.

Ros. ¡Pobrecillo, me enternece!

En voz alta las primeras palabras que siguen, y las demas con timidez.

¡Dios mio! ¡qué disgusto padecerá vm. en esa maldita torre!

Mirándola con ternura.

Blinv. Con todo, mi esclavitud es tolerable algunas veces. ¡En ciertos momentos me ofrece la imaginacion unos objetos tan agradables!...

Aparte.

Ros. Sin duda soy yo el objeto agradable.

A Madama.

Gob. ¿Y dice vm. que se retiró á su quarto? Lo siento á la verdad, porque quisiera observar mas de cerca la semejanza.

Mad. El señor me parece mas jóven. *Riéndose.*

Ros. Y tiene la voz mas agradable.

Gob. Y es una pulgada mas alto á lo ménos; ¡pero sería tan fácil el saberlo de cierto! Muéstreme vm. su aposento, que yo mismo iré...

Mad. Hele allí.

Gob. Blinval, ayúdeme vm., y le sitiaremos. Voto á cribas, que hemos de ver si le obligamos así á capitular.

Quarteto.

Gob. Llamémos luego á su puerta:

respondednos, responded.

Ros. Gob. y Mad. Si enfadarnos no desea,
que salga aquí es menester.

Blinv. Dudo que vencido sea,
yo sé lo que suele hacer.

Gob. y Mad. Háblele vm., caballero,
confesándole su error,
pues así ménos severo
otorgará su perdon.

Blinv. Quiero agradaros; mas cuenta
que va á responder que no:
Murville, aunque bueno, intenta
tener siempre la razon.

Gob. Ros. y Mad. Miren el bueno, que intenta
tener siempre la razon.

Blinv. No seas inexôrable
quando te ruega Blinval.
Si un momento fué culpable,
¿la pena eterna será?

Todos. Si un momento fué culpable,
¿la pena eterna será?

Aparte.

Blinv. El asunto es admirable:
¿pero cómo acabará?

Gob. Silencio, amigos, silencio,
parece que respondió.

Blinv. Ellos creen que respondió.

Todos. Silencio.

Despues de un gran silencio.

Blinv. Dice que no.

Mad. ¿Vm. cree que dixo no?

Ros. Yo no he escuchado ese no.

Blinv. No esperémos su clemencia:
sin duda dixo que no.

Gob. ¿Y es este el Murville amable?
dexémòsle en su teson.

Blinv. ¡O! Murville es muy amable,
y merece ese loor;
asimismo es muy domable
quando no tiene teson.

Mad. ¿Este es el Murville amable,
á quién daban tal loor?
Fuera en casarme culpable
á vista de su teson.

Ros. ¿Este es el Murville amable,
á quién daban tal loor?
Fuera en casarme culpable

SCENA XVII.

Dichos, y un Cabo.

Cabo. Mi Comandante, un forastero que trae órdenes relativas á Blinval, desea hablar á vm.

Gob. ¡Qué diablos! Esto va de veras: es preciso que vuelva vm. á la prision al momento, porque sería una falta reprehensible en mí...

Blinv. ¡Qué desdichado soy! ¿con qué debo renunciar al placer de ver á vms?

Ros. A mí me aflige sobre manera este contratiempo.

Con viveza.

Blinv. ¿De veras?

Gob. Vamos amigo, despídase vm. de estas señoras, y váyase con el Cabo.

Mad. Esperamos de la bondad del Gobernador, que nos dará el gusto de ver á vm. en breve.

Gob. Encierre vm. al preso en el mismo lugar de donde le saqué. Prontamente seguiré á vms.

Blinv. A Dios, señoras.

Ros. A Dios. *Suspirando.*

SCENA XVIII.

Dichos, ménos Blinval.

Gob. Mal negocio, mal negocio.

Mad. ¿Cómo? ¿imagina vm. que esas órdenes sean contrarias á Blinval?

Ros. Si así fuese, mamá, yo no tendría consuelo.

Gob. El infeliz ha hecho una calaverada muy grande. Faltó á la subordinacion: es mucho enredo y muy malo: estos diablos de muchachos tienen unas cabezas... Piensan que por ser valentones poseen todas las virtudes militares: yo he servido treinta y quatro años, y voto á brios, que desafío á todo el mundo á que me eche en cara una culpa de esta clase. El que obedece bien, sabe mandar bien; y si no vean vms. el gobierno de este castillo. ¡O!

SCENA XIX.

Gob. ¿Y qué se le ofrece á un caballero?

Dichos y un criado.

Criad. Señor Gobernador, un caballero quiere hablar á vm.

Gob. Vaya: negocio tras negocio. No me dexan un instante libre.

Mad. Será el forastero sin duda. No le haga vm. esperar mas; que entre: nosotras nos retiraremos, para que pueda vm. hablarle con libertad.

Ros. Yo estoy con la mayor inquietud, y quiero escucharlos para saber la suerte de mi preso.

SCENA XX.

*Murville, el Gobernador, y Rosina
al bastidor.*

Murville con sobretodo de oficial, y del mismo uniforme que Blinval.

Murv. Perdone vm., señor Gobernador, si le persigo hasta en esta casa; aunque informado de

quien la habita, no me ha parecido impolítica mi venida.

Gob. ¿Y qué se le ofrece á vm. caballero?

Muro. Que me entregue vm. uno de los presos, cuyo perdon y libertad contiene una órden que traigo.

Gob. Sea vm. bien venido. Nunca recibo mas placer, que quando veo una de estas órdenes. Sí, voto á diez, me deleyto quando puedo decir á uno de mis desdichados pensionistas. Vamos, viva la alegría, amigo mio. Buen viage. Acuértese vm. de mí; pero no vuelva aquí jamas.

Muro. Ya estoy impaciente por gozar de este mismo placer, y si vm. gusta irémos al momento.

Gob. De buena gana; pero veamos ántes la órden.

Muro. Está qual se requiere.

Leyendo.

Gob. Blinval... Venga un abrazo, vm. es un grande hombre, caballero. ¡Si supiera vm. el gusto que me da!

Rosina sale corriendo, y dando saltos de alegría.

Ros. ¡Blinval! ¡Ay, qué contento!

Murv. ¿Qué es esto? Acaso la señorita es... No hay duda... Vamos, vamos al punto, y volveremos á esta casa, que en breve miraré como propia. Mas ántes de pensar en lo que á mí toca, me es forzoso cumplir con el deber sagrado de enxugar las lágrimas de un amigo, volviéndole su antigua felicidad.

Gob. No perdamos el tiempo que es precioso, quando se trata de poner en libertad á un hombre.

Vanse.

SCENA XXI.

Rosina y Madama.

Ros. Mamá, mamá.

Al entrar.

Mad. ¿Pues qué ha sucedido?

Ros. Acaba de venir un forastero. ¡Qué hombre tan de bien! La providad está retratada en su semblante. Ha estado hablando con el

Gobernador, y le ha entregado unos papeles, y entre ellos una orden. Despues el forastero ha tratado de su amistad, de la casa, y por último me tiene fuera de mí todo lo que he oído.

Mad. Pero yo no te he entendido una palabra.

Ros. Pues hablo con demasiada claridad. Ahora acaban de ir á buscarle.

Mad. ¿A buscarle? ¿á quién?

Ros. Al preso que canta aquellos romances tan graciosos. Al señor Blinval.

Mad. Mucho contento me has dado con esa feliz nueva.

Rosina viendo al fingido Murville que abre despacio la puerta.

Ros. ¡O! ya sale el dañado corazon. ¡Qué se venga con su ceño!...

S C E N A XXII.

*Dichos, y Blinval vestido como
en la scena, &c.*

Blinv. Digan vms, señoras: ¿está en casa todavía el favorecido Blinval? Si es así, huiré de nuevo, porque no soy amigo de incomodar.

Enfadada.

Ros. ¿Por él ha de huir vm.? Pues sí señor, aun está aquí.

Mad. Primo, no puede ménos de admirarme el modo con que nos trata vm. Yo creí merecer otras atenciones.

Blinv. No me riña vm., pues juro que entónces no podia hacer otra cosa.

Ros. Buena excusa por cierto.

Blinv. ¿Vm. tambien, primita?

Ros. ¡O! mucho; primazo.

Mad. El Gobernador se picó de la repentina ausencia de vm., y con razon, porque esto indica cierto desprecio.

Blinv. Ya nos volverémos á ver.

Mad. Estuvo llamando á la puerta, aunque en vano, pues no se dignó vm. de responderle.

Blinv. Sí tal, respondí como debia.

Mad. Es verdad, con un no mas seco...

Ros. Y el señor Blinval, que tuvo la bondad de llamarle á vm. su amigo, y de pedirle perdon: ¡qué grosería! es necesario ser insensible para resistirse de este modo.

Aparte.

Blinv. Su despecho me encanta.

Mad. El Gobernador se enfadó mas, porque deseaba tener el gusto de juzgar de la semejanza de vm. con su preso.

Muy picada.

Ros. ¡Semejanza! Poquísima hay entre los dos. Basta mirarlos un instante, para conocer que es muchísima la diferencia.

Riendo.

Blinv. ¿Muchísima diferencia?

Ros. Sin duda. Le aseguro á vm. que jamas equivocaré al uno con el otro.

Blinv. Ya veo que Blinval ha sabido hacerse estimar de vm.

Ros. Sí señor: le estimo mucho: mamá le estima, el Gobernador le estima tambien, y todos, todos le estimamos.

Blinv. ¿Piensa vm. acaso darme una pesadumbre manifestándome el afecto que le profesa?

Ros. Lo cierto es que lo merece, porque es hombre de bien, afectuoso, y no tiene nada de rencoroso, ni de ceñudo.

Mad. Rosina, que te ciega el enojo.

Blinv. No: haga vm. el favor de dexarla decir quanto quiera.

Mad. A bien que vm. tiene la culpa. Y sino ahora que estamos serenos; confiese vm.

Blinv. No confesaré nada. Yo cometeré tal vez un error; pero me es imposible estar donde ese Blinval; es un hombre á quien no puedo mirar absolutamente.

Mad. ¿Qué? ¿tanto le aborrece vm.?

Blinv. Con tal extremo, que si alguna vez se pone delante de mis ojos, le aseguro á vm. por mi valor, que le he de arrojar por una ventana.

Ros. ¿Quién vm.? ¡Ah! él no teme nada: vm. se atreve á hablar así porque está preso, que si viniera ya mudaría vm. de tono.

Blinv. Sí; pero no vendrá.

Ros. Se engaña vm. en eso, porque esta noche misma ha de venir á cenar con nosotros. Ha conseguido ya su libertad.

Fuera de sí.

Blinv. ¡Cómo! ¿qué dice vm.? ¿es eso cierto?

Ros. Sí, sí: aunque vm. rabie, ha conseguido ya su libertad.

Blinval dando saltos de alegría.

Final.

Blinv. ¡Qué está libre ya Blinval!
no engañeis á mi deseo.

Mad. y Ros. Sí, ya está libre Blinval.
¿A qué viene gozo tal?

Blinv. ¡O cuán alegre me veo!
turba el gozo mi razon.

Ros. y Mad. Ha perdido la razon.

Blinv. Perdonad, ¡ó niña amable!
en amaros soy culpable;

pero ya imploro el perdon.

Ros. ¡Mi padrastro venidero,
me enamora tan sincero!

Ha perdido la razon.

Mad. ¡Su padraastro venidero,

la enamora tan sincero!

Ha perdido la razon.

Blinv. Pidiéndoos á mi querida,

me arrodillo á vuestros pies:

infeliz será mi vida

sino me la concedeis.

Ros. y Mad. Loco está, pues solicita

Murville, ^{mi} _{su} esposo ser.

Blinv. Quiero vuestro esposo ser.

SCENA ULTIMA.

Dichos, Gobernador, Murville, y el Cabo con una luz. Llegan por la puerta de Blinval.

Gob. y Muro. Allí están: ¡ó qué aventura!

Mas no es justo incomodar.

Mad. y Ros. ¿Quereis en tal coyuntura

el tiempo desperdiciar?

Gob. y Muro. A mal tiempo hemos entrado:

yo no debo estar aquí.

Abrazándole.

Blinv. ¡Qué veo! Murville amado,
dexa que me abrace á tí.

Ros. y Mad. ¿Es vm. Murville ahora?

Murv. Soy Murville, sí señora.

Gob. Es Murville, sí señora.

Ros. y Mad. ¿Y vm. díganos quién es?

Gob. y Murv. Blinval.

Blinv. Puesto á vuestros pies.

Ros. y Mad. Decidme el arcano os ruego,
que no puedo comprehender.

Gob. y Murv. Os le aclararemos luego:

German nos lo hizo saber.

Pudimoslo así saber.

Gob. Por una puerta secreta,

Blinval, ese picaron,

vino á vuestra habitacion,

y Murville se fingió.

Ros. y Mad. ¿Por una puerta secreta

vino á nuestra habitacion?

Gob. y Murv. Por ella misma nosotros

venimos de la prision.

Buena ha estado la funcion.

A Murville.

Blinv. A tu prima ruego ahora

que deponga su rigor:

mi pecho á Rosina adora.

Causó mi culpa el amor.

Muro. y Gob. A vuestra Rosina adora:

causó su culpa el amor.

Ros. Causó su culpa el amor.

Muro. Blinval me salvó la vida,

prima mia, y le es debida

por vos la felicidad.

Comun hoy sea la dicha:

su Rosina y libertad,

le otorgue vuestra bondad.

Blinv. Comun hoy sea la dicha:

mi Rosina y libertad,

deba yo á vuestra bondad.

Gob. Comun hoy sea la dicha:

y deba á vuestra bondad,

su Rosina y libertad.

Mad. Si mi Rosina le agrada,

y ella le da el galardón:

yo no me opondré obstinada

á su dicha, y á su amor.

Blinv. De mi Rosina adorada,

recibí buen galardón.

Feliz amante si agrada

á su madre nuestra union.

Res. Si soy de Blinval amada,
ya tiene mi galardón,
puesto que no desagrada
á mi madre nuestro amor.

Todos. Que colme nuestro deseo
una cadena feliz,
y á los quatro el himenéo
haga dichosos sin fin.

F I N.





C. 50870

G 59870